

revista
**SOBERANÍA
ALIMENTARIA**
BIODIVERSIDAD
y culturas

NÚM.46
PRIMAVERA 2023



CAMBIO CULTURAL

CAMPESINIDAD
CONTRA EL
CAPITALISMO

SISTEMA
ALIMENTARIO
Y SALUD

La revista es un espacio colectivo integrado por.

- ▶Amigos de la Tierra
- ▶Arran de Terra SCCL
- ▶Asociación Ábrego
- ▶Biela y Tierra
- ▶Campo Adentro
- ▶Cátedra de Agroecología Universidad de Vic
- ▶Cátedra Tierra Ciudadana. UPV
- ▶CERAI
- ▶Confederación de Centros de Desarrollo Rural -COCEDER
- ▶Colectivo Lantxurda Taldea
- ▶Asociación El Colletero
- ▶Commonspolis
- ▶Cooperativa Germinando
- ▶Coordinación Baladre
- ▶Cyclos S. Coop. Mad.
- ▶Ecocentral
- ▶Ecologistas en Acción
- ▶El enjambre sin reina
- ▶Entrepueblos
- ▶Extiercol
- ▶La Fàbrica, SCCL
- ▶La Fertilidad de la Tierra
- ▶Fundación Betiko
- ▶Fundación Entretantos
- ▶Garúa
- ▶GRAIN
- ▶Grupo de Investigación en Agricultura, Ganadería y Alimentación en la Globalización (ARAG-UAB)
- ▶Grupo de Investigación en Economía Ecológica, Agroecología e Historia. UVigo
- ▶Grupo de Estudios Juan Díaz del Moral
- ▶Justicia Alimentaria Global
- ▶Iniciativa Comunes
- ▶Lonxanet
- ▶La Magrana Vallesana
- ▶Landare
- ▶Menjadors ecològics
- ▶Mensa Cívica
- ▶Mugarik Gabe Nafarroa
- ▶Mundubat
- ▶Observatori de l'Alimentació (ODELA). UB
- ▶Observatorio para una Cultura del Territorio
- ▶Olistis, SCCL
- ▶OSALA
- ▶Postgrau de Dinamització Local Agroecològica
- ▶Raiels SCCL
- ▶Red Agroecológica de Lavapiés
- ▶ReHd Mad! Red de huertos urbanos comunitarios de Madrid
- ▶Red de Semillas
- ▶Sindicato Andaluz de Trabajadores y Trabajadoras
- ▶Sindicato Labrego Galego
- ▶Sociedad Española de Agricultura Ecológica (SEAE)
- ▶Terra Franca
- ▶Universidad Rural Paulo Freire del Cerrato
- ▶Xarxa Agroecològica d'Alcoi
- ▶Varagaña

PORTADA

Xoana Almar. Formada como ilustradora, economista y antropóloga. Estudió en Granada, donde comienza a trabajar en el campo de la pintura a partir del 2008. En el 2013 vuelve a Galicia y constituye junto a Miguel Peralta y Raquel Doallo la cooperativa Gestola na cachola, dedicada al muralismo, la pintura y la ilustración. En su trabajo pueden encontrarse influencias de artistas clásicos de la pintura gallega y de otros actuales, especialmente relacionados con el mundo de la ilustración y del muralismo. A través de sus personajes, mayoritariamente femeninos, sobresale una búsqueda de formas sencillas con las que intenta expresar una personalidad o historia de vida.

AGRADECIMIENTOS

Además de a las personas que han contribuido con contenidos específicos ya mencionadas en las autorías, en los testimonios y en las fuentes, queremos agradecer a quienes nos han ayudado a hacer posible este número sugiriendo contenidos, contrastando información, facilitándonos contactos o simplemente ayudándonos a aterrizarlo tal y como ha quedado: Paula Sánchez, Pablo Saralegui, Viviana Urani, Alimentta, Marina Llompert y L'altra editorial, Manolo Bayona, Amalia Bueno, Conchi Mogo, Rosa Espiñeira, Marina Di Masso, María Paz Aedo, Ramon Vera y Pilar Sampietro.

Escucha el podcast del programa de radio *Toma la tierra* sobre este número de la revista a partir del 29 de marzo.



ESTA PUBLICACIÓN HA CONTADO CON EL APOYO FINANCIERO DE:



Ajuntament de Barcelona

Os invitamos a que os comuniquéis con el equipo redactor (info@soberaniaalimentaria.info) y nos enviéis vuestras experiencias, sugerencias y comentarios así como aportaciones gráficas para próximos números. Los artículos son responsabilidad de quienes los firman. El material aquí recogido puede ser divulgado libremente, aunque agradeceríamos que citarais la fuente.



NÚM.46 # PRIMAVERA 2023

COMITÉ EDITORIAL

Jeromo Aguado
Marta Rivera
Aitor Urkiola
Paul Nicholson
Isabel Vara
Uxi D. Ibarlucea
Enrique González
Laia Batalla
Héctor Castrillejo
Sergio Sánchez
Marta Soler
Violeta Aguado
Irene García Rocas
Leticia Toledo
Agustí Corominas
Henk Hobbelink
Cristóbal González
Pau Agost
Amal El Mohammadiane Tarbift
Paula Durán

EDITA



El Pa Sencer SCCL:

Patricia Dopazo
Gustavo Duch
Carles Soler
Tomàs de los Santos

CORRECCIÓN Y WEB

Eva CM

ARTE Y MAQUETACIÓN

www.mareavacia.com

DIRECCIÓN POSTAL

Carrer Casanova, 118-120, 1er B, escala dreta
08036 Barcelona

WWW.SOBERANIAALIMENTARIA.INFO

INFO@SOBERANIAALIMENTARIA.INFO

Depósito Legal B-13957-2010

ISSN 2013-7567

[revistasoberaniaalimentaria](https://www.facebook.com/revistasoberaniaalimentaria)

[@revistaSABC](https://twitter.com/revistaSABC)

[RevistaSoberaniaAlimentaria](https://www.instagram.com/RevistaSoberaniaAlimentaria)

[revistasoberaniaalimentaria](https://www.instagram.com/revistasoberaniaalimentaria)

Soberanía Alimentaria, Biodiversidad y Culturas es una publicación para el Estado español de información, debate y reflexión sobre temáticas rurales bajo una óptica política de soberanía alimentaria. Un instrumento de pensamiento crítico hecho por las manos y para las manos de las gentes que integran los movimientos que defienden un mundo rural vivo.

EDITORIAL

Metamorfosis cultural 4

AMASANDO LA REALIDAD

¿Campesinidad para reventar el capitalismo?
Janaina Stronzake 6

Feliz año viejo
Noelia Barreales y Héctor Castrillejo 10

Arriba y abajo. Cambiar de cultura, desmontar el patriarcado
Sergio S. Taboada 14

Los mitos del yermo
Amigos del Yermo 18

Cocinar para entender el mundo
Marta Feliu i Reig 22

Sobre saberes ambientales y estéticos de los pueblos
Omar Felipe Giraldo 25

Nombrar la visión del mundo
Jean-Bosco Botsho 29

Razón y animalidad
Pilar Codony 32

DE UN VISTAZO Y MUCHAS ARISTAS

Conversatorio. Vida, espiritualidad y redes afectivas
Revista SABC 34

EN PIE DE ESPIGA

Las «malas hierbas» y otras fábulas
Lucía Argüelles 41

«La transformación del sistema alimentario es el mejor instrumento para mejorar la salud humana»

Entrevista a Nicolás Olea
Gustavo Duch 44

VISITAS DE CAMPO

La agroecología debe abrirse a otras dimensiones del cambio
Patricia Dopazo Gallego 48

PALABRA DE CAMPO

As *bestas* en el cinefórum rural
Revista SABC 52

La fuente. Un lugar de encuentro para pobladoras 57

De quién aprender
Leticia Toledo Martín 58

Metamorfosis cultural

El cambio de la sociedad del crecimiento industrial hacia una sociedad que sustente la vida está sucediendo, según la activista norteamericana Joanna Macy, en tres dimensiones interconectadas. La primera es la que tiene como meta parar el daño a la tierra, a las culturas y a los seres vivos, y podemos relacionarla con el trabajo de denuncia, incidencia política o movilización. La segunda es el trabajo de construcción de prácticas y relaciones cotidianas ajenas a las dinámicas capitalistas y patriarcales: nuevas economías, nuevos afectos, nuevas prioridades. Y la tercera dimensión del cambio es la que lo atraviesa todo y la que quizá nos cuesta más percibir desde nuestra mentalidad hiperracional: el cambio de cosmovisión, de valores. Lo que vemos al mirar. Sin cambiar también estos aspectos más profundos, el resto de los cambios están incompletos, pierden radicalidad.

Esto es lo que reflexionábamos hace algunos números al hablar de capitalismo energético: no solo se trata de limitar los combustibles fósiles y de emitir menos gases de efecto invernadero (parar el daño); tampoco se arregla todo diseñando nuevas tecnologías como comunidades energéticas renovables (nuevas prácticas); hay también que preguntarse para qué vida queremos esa energía (nueva cultura). Lo mismo puede aplicarse a la alimentación y a cualquier ámbito.

Porque es cierto que existe una hegemonía cultural en nuestra sociedad, un muro contra el que la soberanía alimentaria (y todas las

soberanías) se estrellan constantemente, que blinda los puntos débiles del sistema capitalista. Hemos crecido respirándola, la hemos asimilado y ahora tenemos que transformarla. En este número se recogen propuestas y argumentos para inspirar ese cambio de paradigma que hemos llamado cambio cultural.

La «campesinidad», que explica Janaina Stronzake a partir de la vivencia y la lucha del Movimiento Sin Tierra de Brasil, puede re-nectarnos con valores campesinos que fueron universales y que en nuestros territorios fueron desplazados por la revolución industrial y por la idea moderna de progreso. Vemos rasgos de esta campesinidad, por ejemplo, en infinidad de fiestas y rituales populares como las mascaradas, que plasmaron una forma de ver y relacionarnos con el tiempo, con el entorno y con el resto de los seres vivos, que pervivió durante siglos. Como dice Omar Giraldo en su artículo, «los saberes de los pueblos rurales son, en gran medida, estéticos. (...) Siguen el principio de que lo bueno, lo que es apropiado para el lugar y para el cuerpo, puede saberse a través de la intensidad de las percepciones del tacto, la vista, el oído, el gusto, el olfato». Una afirmación que enlaza con los pensamientos de la ganadera protagonista de la novela *Distòcia*, de la cual hemos traducido un breve fragmento. ¿No deberíamos recuperar nuestra animalidad y dejar de darle tanto protagonismo a la razón?

Este tema es el más inabarcable de los que hemos tratado, pero lo hemos acotado con



Foto: Alejandro Guzmán

nuestras propias coordenadas: relación con la naturaleza, alimentación, ruralidad, feminismos. Se habla también de la cocina. La forma de relacionarnos con los alimentos implica una relación con el territorio, implica observarlo y entenderlo, algo fundamental para cientos de generaciones pasadas: adaptarse a él. Hablamos de patriarcado, de espiritualidad, de redes afectivas.

El muro de la hegemonía cultural no entiende de campo o ciudad. La dureza de la

narración de Coke y Alejandra sobre su huida de un sistema que odiaban, convencidas de qué valores querían practicar y compartir, muestra cuán complicado es el momento de metamorfosis que vivimos y que la imposibilidad de encontrar la pureza no puede significar rendirse. Estamos resquebrajando ese muro y debemos ocupar las grietas, un terreno extremadamente fértil para reproducir esta lucha en sus tres dimensiones. ●

Janaina Stronzake

¿Campesinidad para reventar el capitalismo?

La trayectoria acumulada del Movimiento Sin Tierra (MST) refleja un modelo de vida construido a partir de la campesinidad. A partir de ahí, la autora se pregunta si es en el desarrollo de nuestra campesinidad donde habita la posibilidad de emancipación humana.

El dinero fue creado y facilitó la vida. Las campesinas producían alubias, las llevaban al mercado, las cambiaban por dinero y, en otro mercado, lo cambiaban por botas y herramientas. Con los pies protegidos y las nuevas herramientas, podían producir más alubias junto con las calabazas, el arroz, las uvas...

Otra persona esquiló sus ovejas y después las cambió por dinero, y se quedó con la lana. Cambió el dinero por un telar y produjo mantas calentitas. Conocía la lana en profundidad, sus matices, sus deformidades... Y durante toda su vida fabricó mantas con las que obtenía dinero para comprar más lana, insumos y actualizar las máquinas; también para nutrir su cuerpo y contribuir al desarrollo de la especie humana, alimentando, abrigando, educando y amando a su prole.

Esa persona murió justo cuando había vendido todas las mantas y un hijo se quedó con el dinero en las manos. Eran 10 dineros. En el mercado no compró lana, sino jabones, que llevó a otros mercados y vendió por 15 dineros. Con ello compró más mercancías que vendió por 20.

Nadie necesitaba más jabones, pero ese joven era buen comercial y convenció a mucha gente de la importancia no solo de lavarse a sí mismo con jabón, sino también a cabras, gatos y perros, con productos exclusivos para cada uno.

Ya no se producía lo necesario, sino aquello que más ganancias generaba.

Después de crear necesidades inútiles, el hombre invitó a otros a darle unas cuotas de dinero a las que llamó acciones, para poder comprar más mercancías y ganar más dineros. Las fábricas cerraron y los campos fueron abandonados. Era más cómodo invertir en el mercado financiero de productos imaginarios que en la producción de cosas útiles y agradables para la vida.

¡Y hasta parecía que la clase trabajadora había desaparecido!

Pero seguía siendo necesario comer, vestirse, curarse, por lo que cuatro capitalistas controlaban fábricas en las periferias, donde churumbeles cambiaban su infancia, su salud, su vida, por un duro y muchos azotes.

En esas periferias se talaban kilómetros de bosques y con su madera se reformaban preciosos y caros museos en Europ..., digo, en el centro de aquella sociedad. Sobre esos campos se sembraron miles de hectáreas de soja para alimentar animales hacinados en macrogranjas.

Esas macrogranjas transformaban dinero en más dinero, propiciando todo tipo de negocios farmacéuticos: hormonas de crecimiento, antibióticos, analgésicos para animales de toda especie, pastillas para dormir, despertar, adelgazar, sentirse menos infeliz... La insatisfacción humana debía generar más dinero.

La propaganda se tornó más sofisticada, con disfraces curiosos, que ocultaban el proceso



Movilizaciónes del Movimiento Sin Tierra de Brasil.
Foto: Leonardo Melgarejo

de deshumanización. Películas, revistas, canciones, programas escolares, toda una maquinaria compleja para la construcción de un monopensamiento.

Nada de lo que se producía tenía ya sentido por su uso, por su utilidad, por su aporte a la vida y a la alegría. Todo existía en función de su valor en dinero: se producía más comida de la necesaria, que se deconstruía y reconstruía en una cosa parecida a comida, vendida a bajo precio a las personas empobrecidas.

Convencieron de que el sacrificio de animales para la alimentación era maldad y se empezó a producir carne en laboratorio, a partir de células madre sacadas de fetos vivos generados y abortados en las sombras de un discurso defensor de la vida.

Pocos hombres con muchos dineros mandaron hacer cohetes espaciales y se marcharon del planeta.

En la Tierra, arrasada, quedaron millones de personas miserabilizadas, barbarizadas, matándose entre sí por cada gota de agua, por cada hoja verde comestible, por cada rincón que abrigara de los huracanes y otros fenómenos que se repetían cada vez más.

Cuando prevaleció el valor de cambio sobre el valor de uso, cuando todo quedó en manos del mercado capitalista, empezó el fin de la especie humana en la Tierra.

Una campesinidad universal

La eficiencia del modo capitalista en validarse como lo mejor que se nos ha ocurrido a la humanidad es innegable. En pleno siglo XXI, mucha gente parece convencida de que esa forma capitalista de producir y distribuir la producción es el punto álgido del desarrollo, insuperable. Y esa forma, compleja, se puede presentar brevemente así: unos pocos —exactamente 2668 multimillonarios hoy en día (OXFAM 2022)— viven de explotar económicamente a las trabajadoras y fomentar todo tipo de opresión para que unas personas se sientan más que otras y contribuyan a mantener todo como está.

Como movimientos populares organizados, necesitamos construir una respuesta inclusiva, que preserve el planeta como hábitat seguro para toda la población y que, a la vez, preserve la humanidad bella, feliz, a la que aspiramos como revolucionarias. ¿Puede que una de las respuestas

Proponemos un concepto de campesinidad más relacionado con una forma de vivir y menos con el lugar donde vivir.

esté en la sencillez? Tal vez si todas cultivamos nuestra campesinidad, habría margen para evitar la distopía.

«¿Pero qué dices de campesinidad, eso que quedó en la Edad Media?».

El concepto de campesinidad se destaca, hasta ahora, como una acepción relacionada con las técnicas de producción y relaciones sociales. Víctor M. Toledo¹ ha llamado «grados de campesinidad» a un sistema de indicadores que incluye el tipo de energía que se utiliza, el tamaño de la parcela productiva, la autosuficiencia, el tipo de fuerza de trabajo empleada, la capacidad de reciclaje y la cosmovisión. Estos grados de campesinidad² están en oposición a la agroindustrialidad, como una especie de tipos ideales, tal como planteó Max Weber.

Partiendo de esa idea, proponemos expandir el sentido de la *campesinidad* como una práctica, una identidad y una concepción de mundo relacionada con la soberanía alimentaria. Pero ¿estaría restringida a las personas que viven y trabajan en el campo?

La construcción de la campesinidad estaría fundada en una praxis y en una cosmovisión que alimenta antropológica y políticamente también a la identidad y las prácticas cotidianas de quienes viven en ciudades pero se implican en la cuestión agraria y participan en la soberanía alimentaria de su región. A la par, en esta propuesta la «dimensión urbana» de quienes viven en

el campo, se ubicaría en su igual acceso no solo a servicios públicos, sino al sistema completo de funcionamiento de la sociedad, en especial, como sujetos en la producción de nuevos conocimientos y construcción de rumbos de la humanidad.

Para llegar a tal desarrollo de la sociedad, habría que fortalecer la economía, lo que no significa aumentar la producción, pero sí fortalecer la población del campo y la agricultura, y también los circuitos de suministro de alimentos y otros productos a las ciudades. En ese aspecto, la reforma agraria popular es imprescindible.

Podemos pensar ese proceso de construcción y cultivo de la campesinidad como la ruptura consciente de la dicotomía —por ende, de una relación colonialista— entre ciudad y campo, con la universalización del acceso a derechos predominantes en las ciudades —bibliotecas, escuelas, universidades, solución pacífica de conflictos, etc.— y una universalización del sentido de campesinidad: pertenencia a la tierra, conexión con la naturaleza, conocimiento y respeto por los ciclos naturales, etc.

Proponemos, entonces, un concepto de campesinidad más relacionado con una forma de vivir —consumo, participación política, producción alimentaria, cosmovisión— y menos relacionado con el lugar donde vivir. La campesinidad se cultiva en la ciudad y en el campo porque integra la comprensión y aplicación de la reforma agraria popular, la agroecología y la soberanía alimentaria.

Por lo tanto, el campesinado se identifica como grupo social ligado a la tierra con el objetivo de construir y mantener su propia autonomía, produciendo y reproduciéndose en actividades socioeconómicas que incluyen, en alguna medida, la agropecuaria. El campesinado se identifica por las luchas sociales en donde se enfrenta al agonegocio como su otro, su antagonista.

Si el agronegocio y el capital están en relación conflictiva con la vida, y el campesinado emerge como un modo de vida opuesto al agronegocio, es posible hablar de una campesinidad, una identificación campesina para todas las personas que se involucran en la lucha de clases al lado del campesinado.

Los valores campesinos

Los valores humanos contenidos en la campesinidad incluyen la comprensión de que la humanidad es parte de la naturaleza. Por tanto, al destruir la naturaleza, el capital destruye también

al ser humano y esta es una de las contradicciones del capitalismo: a mayor desarrollo del capital, mayor empobrecimiento de la vida.

La campesinidad implica la comprensión de los ritmos de la naturaleza, porque nuestra supervivencia depende de que nos acoplemos a la pulsación del planeta y no en contra de ella. El tiempo y el afecto no son dinero. La vida no es dinero, ni tampoco las semillas, la comida, la tierra, el agua o el aire. La campesinidad es comprender y practicar otra relación con el entorno, con el tiempo, con los bienes comunes y lo comunal. Otra relación con las arrugas en la cara y las canas en la cabeza; otra relación con el tendero de la esquina, con la campesina que trae la verdura y con la librería del barrio. La vida no pasa de sopetón, la vida se vive como crece una flor y como se transforma el agua: en su tiempo, con sus alianzas. Como nosotras, clase trabajadora, que no existimos para transformar la vida en algo tan ordinario como el dinero.

Otra de las características de la campesinidad es poner en el centro el valor de uso de las cosas, frente al valor de cambio propio del capitalismo. ¿Qué necesitamos para estar bien, para ser capaces de realizarnos como seres humanos? Alimentos, abrigo, agua, aire puro, medicinas, tierra donde poner los pies. Afecto. Música. Literatura. Comunicación. Grupo. Colectivo. Trabajo. Nuestro trabajo —que no el empleo— es el medio de construir y construimos en ese espacio de libertad que soñamos, con él modificamos nuestro entorno y nos modificamos a nosotras mismas, desarrollando nuestro potencial para ofrecer a la sociedad lo bueno que hacemos y que, a la vez, nos hace mejores. Y producimos lo necesario, no lo que genere más lucros. Nuestra fuerza de trabajo no puede resumirse en una mercancía que cuanto más vendemos, más pobres nos hace.

La reforma agraria popular

La campesinidad como modo de vida es incluyente y alberga cualquier categoría profesional. Es un punto de convergencia que no quita la necesaria autonomía a las categorías organizadas de la clase trabajadora. El hecho de que el sentido de la campesinidad sea universal, no significa que todo el mundo vaya a dirigir el movimiento social campesino. El movimiento social debe estar organizado y estructurado en todos los espacios donde hay trabajo. Atender a las demandas inmediatas —como mejores sueldos— no debe nublar



Movilizaciones del Movimiento Sin Tierra de Brasil.
Foto: Leonardo Melgarejo

el horizonte de lucha, que es la transformación radical del modo de producción y de las formas culturales asociadas. Tener campesinidad no implica ser militante del movimiento campesino, pero sí ser militante del movimiento social donde se vive y se trabaja, y desde ahí sumar en la lucha por la soberanía alimentaria, la agroecología y la reforma agraria popular.

La práctica empieza en las acciones cotidianas: comer, cultivar, cuidar, comprar, consumir, producir, y se extiende a las rupturas culturales en las organizaciones y en la sociedad, con nuevos valores, nuevas epistemologías y la construcción de un sentido universal de campesinidad, que aúna la agroecología como medio para construir una soberanía alimentaria, asentadas sobre el derecho a la tierra: la reforma agraria popular.

La campesinidad así entendida contribuye al verdadero desarrollo, que es la superación del modo de producción capitalista y de las estructuras opresivas, como el heteropatriarcado. La campesinidad es el camino de acceso a formas sociales más aptas a estimular la creatividad humana de cada individuo y responder a las aspiraciones de la colectividad, cultivando el planeta como casa para todas las personas. ●

Janaina Stronzake

Integrante del Movimiento
Sin Tierra (MST) de Brasil

1. Víctor Manuel Toledo, *Campesinidad, agroindustrialidad, sostenibilidad: los fundamentos ecológicos e históricos del desarrollo rural*, en los Cuadernos de trabajo del Grupo Interamericano para el Desarrollo Sostenible de la Agricultura y los Recursos Naturales, 1995.

2. Otros autores refrendan la propuesta de Toledo, como Eduardo Sevilla en *Sobre los orígenes de la agroecología en el pensamiento marxista y libertario*, Plural Editores (2011) y Ana Karen Reyes en Reyes y otros (2020), *Campesinidad y agroindustrialidad de los sistemas agroforestales de San Andrés Calpan, Puebla*.

Mascaradas de invierno en Pombriego, La Cabrera (León).
Foto: Miguel Sánchez González para Oficios Vivos

Noelia Barreales y Héctor Castrillejo



FELIZ AÑO VIEJO

¿Nacen los años ya viejos aunque no lo sepamos? ¿Estamos programados cultural y ecológicamente para enfrentarnos a las mismas situaciones y repetir las respuestas dadas por nuestros antepasados? ¿Estamos destinadas a adorar y temer a las mismas deidades aunque tengan otros nombres? ¿O es cada año una página en blanco, una oportunidad para innovar, inventar soluciones, crear nuevas oraciones y cantar otros salmos?

Parece que, por muchas vueltas que demos, muchos siglos que pasen, muchos ciclos y civilizaciones que enterremos..., seguimos honrando a los mismos dioses pero con nombres nuevos: el sol, el agua, la vida, el bosque, la tierra...

Los dioses antiguos y primeros se transfiguraron y se camuflaron una y otra vez para habitar dentro de los nuevos. Un ejercicio de sincretismo y adaptación permanente para sobrevivir como las orquídeas en la selva.

Rituales de interdependencia

*Finales de otoño en las tierras de campos del altiplano ibérico.
(Año 1200 a. C., año 315 d. C., año 1112, año 1678 y año 1958)*

La naturaleza parece muerta. Los árboles no tienen hojas. Del campo no brota nada. Los animales hibernan. Los días son cada vez más cortos, las noches más largas. La oscuridad aumenta y, con ella, el silencio y la preocupación de quienes miran al cielo y lo hacen murmurando. El grajo vuela bajo. Un manto blanquecino cubre la tierra y dificulta el paso.

«¿Volverán a cubrirse los valles de verde con el pasto que necesita el ganado? ¿Volverán los abejarucos con sus asombrosos colores desde el otro lado del mundo? ¿Volverá acaso la primavera?», se preguntan nuestros antepasados.

Dudan, una vez más. Una duda que inquieta a la comunidad y la crispa. Demasiada tensión se va acumulando. Desde que la comunidad tiene memoria, siempre ha ocurrido así, la primavera ha vuelto cada año liberada por Hades de su “rapto”, pero... ¿y si es justo este año el año en que no sucede?

Las culturas ancestrales de economías de subsistencia enfrentaban el solsticio de invierno con miedo. ¿Y si la oscuridad vencía esta vez a la luz? ¿Y si el sol no volvía a acariciar con intensidad las heladas tierras? El miedo era a la escasez, al hambre, a que no llegara otra cosecha.

El sol, la tierra, la fertilidad... necesitaban ser invocadas por aquellas comunidades campesinas y estas, a su vez, necesitaban ahuyentar sus miedos, sentir que podían hacer algo para guiar la luz a través de la oscuridad, ser protagonistas de su propio destino, recuperar cierta ilusión de control ante aquella incertidumbre y propiciar la llegada de la próxima cosecha, el siguiente ciclo de la vida.

Si hacemos un viaje en el tiempo alrededor de nuestra tierra y de nuestra Tierra, nos permitirá ver que, cuando llega el invierno, las comunidades campesinas han adorado de distintas formas y de igual manera a todo tipo de divinidades solares: Sol Indiges, Mitra, Inti, Raymi, We Tripantu, Ra, Sol Invictus... y un largo etcétera que históricamente hemos resignificado y renombrado en festividades en torno al solsticio:

saturnales, calendas, brumalia o Navidad (el nacimiento del dios de la luz).

De todas estas arcaicas ceremonias comunitarias de celebración e invocación al dios Sol nos quedan hoy en la península Ibérica las mascaradas de invierno, un patrimonio etnográfico de valor incalculable que, además, conecta con ritos similares de una punta a otra de Europa, incluso de África.

De las decenas de ejemplos que quedan de ellas en la vasta riqueza ibérica, uno de los más representativos y mejor conservados son los Carochos de Riofrío de Aliste, en Zamora, muy cerca de la frontera con Portugal. En estos rituales prototeatrales los pueblos se juntaban para representar sus inquietudes y buscar una salida conjunta. En los Carochos el rito permanece asombrosamente intacto y vivo. La comunidad llama a lo que parecen deidades antiguas que están vinculadas a la naturaleza y de esa manera exorciza el miedo, supera tensiones entre individuos y se une.

Parece claro que las sociedades agrícolas que crearon estos ritos, y las que los perpetuaron, conocían muy bien la dependencia humana de los ciclos de la vida y la interdependencia entre los individuos que conforman una comunidad.

Pero la humanidad del siglo xxi lo ha olvidado.

El miedo es el mismo, su origen es otro

Ahora nos postramos humildes ante el nuevo y todopoderoso dios único, el Dinero, pero soberbios ante los dioses antiguos que nuestros antepasados representaron con máscaras construidas con corteza, con musgo, con hojas..., personajes que bajaban a dialogar con los humanos desde el bosque sagrado.

Aquellas comunidades campesinas necesitaban ahuyentar sus miedos, sentir que podían hacer algo para guiar la luz a través de la oscuridad.

Parece haber desaparecido el respeto ante la deidad esencial y primigenia, la vida. Cualquiera diría que nos pensamos independientes ante esas fuerzas y que en nuestro delirio de grandeza nos creemos eternos e inmortales. La arrogancia del capitalismo parece querer ignorar la muerte, nuestra rotunda fragilidad y nuestras ecodependencia e interdependencia evidentes.

Catalunya, orillas del Mediterráneo
(noviembre de 2022)

Los almendros florecieron cuando debían esperar por lo menos hasta febrero. En Castilla también sucedió un poco después, a finales de diciembre.

En febrero de 2023 seguramente se habrán helado los almendros con el frío de la primera nevada. No habrá almendras. No habrá cosecha.

Las campesinas catalanas y castellanas estarán ahora de nuevo, como decía Delibes, «levantando el cielo de tanto mirarlo». ¿Pero a quién rezan? ¿A quién cantan? ¿A quién piden? ¿Con quién se juntan para exorcizar el miedo?

Estamos en una situación muy parecida a la de aquellos pueblos prehistóricos que inventaron el rito para ahuyentar lo desconocido, hablar con los dioses y que les devolvieran al mundo conocido.

Ahora sabemos por qué la oscuridad vence a la luz, pero solo hasta el 21 de diciembre, sabemos con toda seguridad que el sol no dejará de ganarle al invierno por lo menos otros 4600 millones de años... y sabemos también que si actualmente peligran los ciclos naturales es por la crisis ecológica generada por la extralimitación humana. El miedo es el mismo. El origen de ese miedo es otro.

Ya no nos da miedo que nos fallen los dioses, sino fallarnos a nosotros mismos. Nos da miedo no intentar salir de esta remando juntas, dejar a parte de nuestra comunidad por el camino, centrarnos solo en «lo nuestro» y abandonar el interés de la tierra y de la Tierra, que inevitablemente coincide con el interés común.

Los dioses antiguos se niegan a desaparecer

Y la pregunta es... ¿la existencia y persistencia de esos ritos ancestrales que nos conectan con el respeto a la naturaleza podría ser una buena noticia? Lo cierto es que es asombroso ver cómo perdura el rito y se mantiene vivo. Los dioses

Sin un rito colectivo, las comunidades se desarman y se desmoronan.

antiguos se niegan a desaparecer y vuelven cada año para recordarnos quiénes somos y a dónde pertenecemos. ¿Podríamos pensar con optimismo que en nuestra esencia está esa conversación sabia con Natura? Y, es más, ¿nos podrían servir esos ritos ancestrales para enfrentar la gran encrucijada en la que nos coloca el cambio climático, el necesario decrecimiento, el reparto de recursos cada vez más escasos? ¿Podríamos de nuevo dialogar y seducir a los dioses primeros?

Desde la antropología se ha reflexionado mucho acerca del rito colectivo como urdimbre social. Uno de los problemas a los que nos enfrenta el capitalismo es la individualización atroz y es un hecho que los ritos cristianos que servían en esta parte del mundo para ese fin cada vez se siguen menos y ya no trenzan el tejido social como lo hacían hasta hace algunas décadas. Pero sin un rito colectivo, las comunidades se desarman y se desmoronan.

Podríamos recurrir, por ejemplo, a la enseñanza que permanece en esos tesoros de nuestro patrimonio intangible, en estos auténticos fósiles vivientes que son las mascaradas de invierno, que habitan en la tradición popular, pero que dialogan con la herida abierta y palpitante de hoy, de ahora. ¿Podríamos resignificar esas mascaradas y que fueran útiles a las comunidades humanas que vivimos en el Siglo de la Gran Prueba? ¿Es posible? ¿Es deseable?

Una cosa es segura, seguimos siendo ecodependientes como lo eran nuestros ancestros. El sueño de emanciparnos del mundo natural se ha convertido en pesadilla. Así que, a veces, una máscara, un relato, una metáfora... son la única manera de trenzar una comunidad, una sociedad equilibrada y conectada.



Mascaradas de invierno en Pombriego, La Cabrera (León).
Foto: Miguel Sánchez González
para Oficios Vivos

El sueño de emanciparnos del mundo natural se ha convertido en pesadilla.

Puede que los dioses antiguos, la metáfora fundacional de nuestra especie, hayan estado ahí esperando bajo el musgo y las piedras, la lana y la corteza de los robles, guardados en las máscaras de pueblos remotos, para ayudarnos en este

momento decisivo. Puede que debamos de nuevo aprender a honrar y respetar a la naturaleza como siempre lo hicimos. Puede que, si seguimos bailando, festejando e invocando con tambores —o con amplificadores— a los dioses de nuestras tatarabuelas que acudían cada nuevo año, estos nos recuerden quiénes somos y a dónde pertenecemos y podamos por fin vivir con la conciencia de habitar en un planeta finito: Gaia. ●

Noelia Barreales
y Héctor Castrillejo

Sergio S. Taboada

Arriba y abajo

CAMBIAR DE CULTURA, DESMONTAR EL PATRIARCADO

«No somos meros testigos de lo que ocurre. Somos el cuerpo a través del que la mutación llega y se instala. La cuestión ya no es quiénes somos, sino en qué queremos convertirnos».

Paul B. Preciado. *Dysphoria Mundi*

Como diría mi madre, este mundo necesita un buen repaso, ¡pero de arriba abajo! Aunque sucede que arriba no suele haber demasiada voluntad para el cambio. El cambio acostumbra a venir desde abajo.

Para cambiar de cultura, no cabe duda, debemos desmontar el patriarcado, esa estructura opresora que nos organiza y nos separa en función de nuestro género, alineándonos sobre un eje vertical muy estricto. Pero entre el feminismo que lo combate desde abajo y el machismo que lo refuerza desde arriba, la inmensa mayoría nos encontramos atrapados en algún lugar intermedio, preguntándonos cómo desmontar el patriarcado mientras habitamos estos cuerpos divididos por la contradicción de sentirnos oprimidos y opresores a un tiempo.

A mi modo de ver, la interseccionalidad ha supuesto uno de los mayores avances en el ámbito de los feminismos, aportando una mirada más amplia y profunda, es decir, más completa, sobre las desigualdades de nuestro sistema. El feminismo interseccional nos enseña a ver que el patriarcado forma parte de una cultura de la dominación que se extiende aún más allá de los límites del género, tejiendo una trama perversa con la complicidad de los muchos otros ejes de opresión que también gobiernan nuestras relaciones en función de nuestro origen, lugar de residencia, color de piel, nivel educativo, capacidad

económica, o cualquier otra categoría que permita diferenciarnos. En la intersección descubrimos que debajo del abajo siempre hay alguien más abajo y que al mirar hacia arriba pasa lo mismo. Además, en este (des)orden mundial, vertical y jerárquico, las dinámicas de poder varían constantemente, en función de con quién nos relacionemos o del lugar y el momento.

De modo que ser hombre otorga ciertos privilegios; pero ser pobre, indocumentado o discapacitado, puede hacernos perder buena parte de ellos. Tanto arriba como abajo, siento el mismo dolor punzante, porque no deseo someter a nadie, pero tampoco ser sometido. Y es justo en este dolor donde encuentro la oportunidad de transformar la experiencia en aprendizaje, para abrirle paso a la vida en una dirección diferente.

Ser hombre otorga ciertos privilegios; pero ser pobre, indocumentado o discapacitado, puede hacernos perder buena parte de ellos.

El tamaño de nuestra agresividad tiene la misma dimensión que la herida y el miedo que ocultamos.

Territorios sometidos al patriarcado

Al igual que nuestros cuerpos, los territorios también están sometidos por esta cultura violenta de la dominación y el patriarcado. El norte somete al sur, la ciudad al campo, el centro a la periferia..., pero además hay muchos sures en el norte, barrios pobres en la urbe... y en el rural, cómo no, también se reproducen todas las desigualdades.

La aldea gallega que abandonó mi abuela, a la que regresé hace más de doce años, tiene sus privilegios de norte global y sus discriminaciones de sur europeo. Todo esto me afecta, situando mi lugar en el mundo, atravesando de desigualdades mi vida y mis relaciones.

Este rural que yo habito no solo fue vaciado, también fue desposeído, desagrarizado y descampesinizado, y se inició una espiral de decadencia que nos condujo a la degradación de los vínculos sociales y comunitarios. La marginación se expresa aquí en todas sus variadas formas: depresión, alcoholismo y drogadicción, malos tratos y violencia, pobreza y explotación..., pero en este rural maltratado y deshabitado aún hay vidas que permanecen. Vidas que, como todas, merecen ser vividas dignamente.

«Donde no hay amor, pon amor, y encontrarás amor», dicen que dijo santa Teresa. Entonces yo me pregunto: ¿quién pondrá el amor que aquí nos falta?

En el rural del que hablo, los empleos que conozco son escasos y precarios, de salario mínimo y máxima temporalidad, sin ningún prestigio social. Y los hombres con los que tuve la ocasión de coincidir en algunos de estos trabajos, han sido sistemáticamente descartados como población sobrante, apenas útiles para el sistema como mano de obra barata, prescindible y no cualificada.

Mis compañeros, que no hace mucho tiempo hubieran sido campesinos, son aquellos que quedaron «porque no servían para otra cosa». Y para sobrevivir en este contexto se fueron endureciendo, mientras anestesiaban su dolor en la barra del bar y trataban de pasar desapercibidos, evitando enfrentarse al sistema. De este modo, reproducen la violencia que reciben, generando dinámicas de maltrato mutuo en el propio grupo de trabajo y en sus relaciones familiares o sociales más íntimas y cotidianas.

Mi experiencia y mi trayectoria han sido muy distintas de las historias de vida que han tenido mis compañeros. Mis privilegios me impiden identificarme con sus actitudes y comportamientos machistas, o con su aparente facilidad para aceptar el sometimiento. Y aunque lo hago habitualmente, criticarlos no es más que un simple ejercicio de desahogo, tal vez legítimo, pero frustrante e ineficaz. Al compartir la jornada laboral con ellos, me doy cuenta de que esto no es más que un modo de expresar la impotencia que siento cuando me veo incapaz de modificar las dinámicas en el grupo. A pesar de toda mi pretendida superioridad moral, no puedo evitar sucumbir a la presión y participar activamente, en mayor o en menor grado, de este maltrato recíproco.

Así como ellos tratan de imponerse y someterme continuamente, yo también hago lo propio, mostrándoles mi mal disimulado desprecio por su docilidad frente al patrón, que nos oprime a todos por igual, ejerciendo un abuso de poder desmedido y arbitrario.

Sin darme cuenta, acabo imitando esos gestos que tanto detesto y, olvidando que la vida me ofreció numerosas oportunidades que a ellos les fueron negadas, simplemente me defiendo, aunque del enemigo equivocado.

Tras la coraza del héroe

La inercia generada por la dinámica de la competitividad y el individualismo puede llegar a ser realmente irresistible. La lógica patriarcal, que consiste en pisar para no ser pisado, activa un ciclo de retroalimentación grupal en el que nunca logra arraigar el buen trato y todos acabamos profundamente dañados.

En la desconfianza y la inseguridad constantes, consideramos al compañero una amenaza y aprovechamos la más mínima debilidad para atacarnos y humillarnos sin compasión ni descanso. Cuanto más me defiendo de su agresión,



Botas de trabajo del autor.
Foto: Sergio S. Taboada

más agredo al compañero. El patriarcado es una trampa brutal y para desmontarlo debemos desembrutecernos, respetar y aceptar nuestras debilidades y atender la herida y restaurarla. Sin embargo, como animales acorralados, mis compañeros y yo hacemos todo lo posible por esconder nuestra vulnerabilidad bajo una rígida coraza que nos vuelve cada vez más frágiles y quebradizos. El tamaño de nuestra agresividad tiene la misma dimensión que la herida y el miedo que ocultamos, esta es la medida más exacta de nuestra debilidad.

Trataré de ilustrarlo con un ejemplo. En una ocasión, me negué a participar en la costumbre establecida de acompañar a nuestro capataz a beber en el bar al terminar la jornada. Esto desencadenó una situación de acoso laboral insostenible a la que ningún compañero se atrevió a oponerse, aunque me declarasen su apoyo en

privado. Al día siguiente, la costumbre se redobló, añadiendo una visita más al bar antes de empezar la jornada, con el fin de forzar mi presencia involuntaria y como castigo ejemplarizante. A pesar de todo, me seguí negando y la tensión aumentó hasta hacerse insostenible. Mi rebelión era tan intolerable para la empresa como impracticable para mis compañeros. Al contrario que ellos, yo podía enfrentar las consecuencias gracias al apoyo emocional y económico de mi familia.

En el camino, encontré dos nuevas aliadas, mujeres que desde el centro de salud y el sindicato comprendieron y apoyaron mi causa. Sin ellas hubiera sido fulminantemente despedido, sin derecho a ningún tipo de compensación. Con ellas logré al menos una pequeña victoria, aunque fuera limitada, porque las condiciones laborales de la empresa no variaron lo más mínimo. Aun así, yo pude continuar mi camino, alejado

En el corazón del patriarcado aún hay margen para crear vínculos auténticos.

de aquel infierno, pero abandonando a cambio a mis compañeros. En realidad, mi heroica estrategia de liberación revolucionaria no deja de ser típicamente masculina e individualista, aunque mi representación del héroe queda muy lejos del ideal masculino que nos trata de imponer el patriarcado, porque cuanto más me empeño en imitarlo, más débil, más triste, más aislado y más inseguro me siento.

Sin la cooperación necesaria para desarrollar una estrategia colectiva, el cambio estructural y profundo que necesitamos no es más que un sueño inalcanzable.

Afinar la mirada

Lo que aprendí conviviendo con mis compañeros es que debía mirar más y mejor, por debajo de nuestra armadura, sin acabar de crearme las apariencias. Que debía insistir en descubrir y apreciar nuestras vulnerabilidades para poder generar un mínimo vínculo de afecto, algo que hiciera de nuestra obligada relación una experiencia un poco más soportable, tratándonos con delicadeza y con cuidado pero conservando las distancias para evitar riesgos innecesarios, prestando atención a lo que callamos, a lo que nos ocultamos mutuamente. Y también demostrándoles con hechos que ser fuerte consiste, precisamente, en atreverse a mostrar la debilidad.

La clave para el cambio consistía en saber apreciar a mis compañeros, dejar de ser una amenaza para ellos, generar un clima de confianza más amable y menos tenso. Sin pedir más de lo que yo mismo puedo dar, pero tampoco conformándome con menos. Darles la oportunidad de comprobar cómo mejora nuestra calidad de vida con el buen trato entre compañeros, respetando nuestros límites y nuestros miedos. Lo que implica aprender a

negociar, con paciencia y sin descanso, para llegar a un acuerdo realmente sostenible.

Y en esa negociación me fui encontrando con los límites, cuando ciertos comentarios y comportamientos particularmente agresivos o hirientes me hacían reaccionar con rechazo. La capacidad de compasión no es infinita y para aprender a tratar con amor antes debo saber amarme a mí mismo.

Aun así, tuve momentos de conexión y de encuentro, de complicidad y apoyo, de compañerismo solidario. En el corazón del patriarcado aún hay margen para crear vínculos auténticos, con un poder de transformación insospechado, lo que es un valioso regalo.

Desde mi particular experiencia, para poder desmontar el patriarcado hay que saber estar arriba y saber estar abajo. Aprender a ocupar los dos espacios para articular, siempre en favor del bien común, la rabia que nos produce la opresión y los privilegios de los que podamos llegar a disponer en un determinado momento.

Para favorecer el cambio debemos negarnos a seguir alimentando la cultura de la violencia, dejar de sostener la estructura de dominación que nos divide y nos separa constantemente.

Amar la propia sombra para poder amar la ajena. Proteger y respetar la delicadeza de la vida, que solo es digna, y tiene algún sentido, cuando la *con-vivimos*.

Sergio S. Taboada
Dinamizador agroecológico



Coke y Ale.
Foto: Alicia Peiró y Rafa Beladiez

LOS MITOS DEL YERMO

SOBRE LAS DIFICULTADES DE ESCAPAR DEL CAPITALISMO

El progreso

Hoy en día en nuestra sociedad prevalece el sentimiento de que vivimos en el mejor de los mundos posibles y que, además, estamos en un camino de mejora constante. La construcción de este mito consume ingentes recursos, desde la escuela obligatoria hasta el último cartel publicitario. En todo lugar y en todo momento se nos recuerda que todo va según lo previsto. Y si no te gusta lo que ves, oyes, comes o sientes, el problema es tuyo.

Así es como nos sentíamos nosotros, Coke y Ale, en la ciudad, hasta que en un momento dado descubrimos una tradición ideológica refractaria al

mito del progreso que cuestiona los cimientos mismos del régimen en el cual vivimos. Una corriente que critica la tecnología, denuncia la pérdida de nuestras libertades fundamentales y que advierte, además, de las consecuencias nefastas que nuestro estilo de vida conlleva. Una tradición que se separa de los relatos oficiales y asume una postura de impugnación global y de odio a la civilización moderna. Y que cree que otro mundo podría ser posible.

Pronto sentimos el deber moral de salir corriendo, de abandonar el barco y su proyecto suicida. Más que irnos al campo, nuestra principal ambición era alejarnos de aquel modo de vida.

La ruina

La tradición bucólico-pastoril ha impregnado nuestro subconsciente con imágenes bellísimas del campo. El campo elevado, verdadero y salvaje. Con este mito en mente, dirigimos la mirada hacia las montañas y nos pareció que el pueblo de Pepita, la abuela de Coke, era el lugar propicio para crear la vida que soñábamos. Un pueblo apartado, sin policía, sin carteles publicitarios, sin semáforos y con tanta tierra abandonada como casas vacías. ¿No estarían acaso esperándonos?

Todavía nos cuesta entender cómo un pueblo con más casas deshabitadas que ocupadas no tiene ninguna oferta de alquiler. Parece que esta comunidad en vías de extinción y envejecida no tiene fuerza ya ni para atraer ni para abrigar al peregrino interesado. Finalmente, tras un mes de búsqueda conseguimos alquilar una casa, y a los pocos días ya estábamos cavando un bancal prestado en busca del tesoro que es la autosuficiencia.

Las promesas de John Seymour y Mariano Bueno habían calado profundo y compramos plantales de puerros, coliflor, col, apio, lechuga, cebollas y sembramos semillas de zanahoria, acelgas, espinacas, alfalfa, habas y ajos. Instalamos una malla para evitar la entrada del jabalí y colgamos espejos para ahuyentar a los pájaros. Además, compramos tres gallinas para disponer de huevos frescos. Comenzamos a *espellucar* campos de olivos de familiares y pronto nos ofrecieron tierras para trabajar. Empezamos proyectos hortícolas y ganaderos con vecinos. Y enseguida llegaron Seimur y Luisi, nuestras dos cabras. Las labores del huerto y los cuidados de los animales suponían todo el tiempo que teníamos y, a cambio, no recibíamos más que unos cuantos tomates y lechugas con los que no podíamos pagar el alquiler ni llenar la nevera.

No nos gusta hablar de fracaso. Podemos, no obstante, hablar de aprendizaje como único beneficio. Probablemente, si en la educación obligatoria nos hubieran instruido en los saberes que nos ayudan a ser libres y autosuficientes en vez de insistir con los logaritmos o los afluentes del río Ebro, nos hubiera sido más fácil diagnosticar dónde estaban nuestros errores. Nos debimos conformar con observar y aprender de la raposa y el jabalí, del agua y la sequía, del sol y la sombra, del calor y del frío, y del paso del tiempo. Y apuntarlo todo en un diario, para no olvidar.

¿Hay lugar para una economía justa dentro de un sistema injusto?

La economía transformadora

Lejos de cumplir nuestro sueño de autosuficiencia, vivíamos con lo que entendíamos era lo mínimo imprescindible y la vida en un pueblo alejado nos ayudaba a no tener excesos. Pero, aun así, teníamos que pagar los pocos gastos que teníamos. Aceptábamos los trabajos que surgían en el pueblo, ofrecidos por personas con poco compromiso con el mundo o la comunidad. Esta manera de ganar dinero nos hacía sentir que nos alejábamos de nuestro objetivo de vivir una vida más libre y hacer de este mundo un lugar mejor.

En este contexto tomamos la decisión de buscar, o crear, otra forma de ganarnos la vida. Fue importante el contacto con personas con experiencia en la economía social y solidaria que nos ayudaron a formalizar nuestra ambición. Y así, el verano de 2021 fundamos Amigos del Yermo¹ Coop. V., una cooperativa de trabajo asociado sin ánimo de lucro para ofrecer puestos de trabajo dignos, por el momento solo dos, donde desarrollar actividades relacionadas con la soberanía de la comunidad o, en otras palabras, recuperar o mantener los saberes vernáculos que nos ayudan a vivir con el mundo que nos rodea. Nuestra actividad principal es la producción de piezas artesanales de cerámica. Una actividad que nos ayuda a separarnos de las pantallas y nos acerca a la tierra, el agua, el aire y el fuego; todos ellos compañeros fieles y fundamentales de esta disciplina. El ritual de encender el fuego para cocer el barro en nuestro horno de leña es algo que nos fascina. ¿Acaso jugar con barro y fuego no es parte de nuestro instinto primitivo?

En este momento todo cambió. A los gastos familiares, bastante asumibles, ahora teníamos que sumar las aportaciones obligatorias al régimen: autónomos de las trabajadoras e impuestos.

1. «Yermo» es la traducción del valenciano de la palabra «erm», muy usada en la montaña de Alicante. «Tot està erm», con esta frase recurrente la gente mayor expresa que las tierras se han dejado de cultivar.



Pelando almendra en el patio.
Foto: Amigos del Yermo

Además de pagar a los mediadores: los asesores. De un día para otro teníamos que ingresar más del doble de lo que estábamos acostumbrados.

Con el optimismo que caracteriza todos los comienzos, pensamos que esto era no solo lo que nosotros necesitábamos, sino lo que el pueblo y la juventud en general necesitaban, un empujón, una excusa, una salida, un proyecto claro. Algo que nos habría gustado encontrar al llegar aquí. Pensamos que la solvencia económica era cuestión de tiempo, y empezamos con estrategias sencillas, confiando plenamente en el boca a boca y con una producción pequeña. Al ver que no ingresábamos lo suficiente, comenzamos a asistir a mercados locales, para comprobar que tampoco funcionaban. Decidimos crear una página web muy rudimentaria, pero pasaba el tiempo y no conseguíamos nuestros objetivos. Tras un año decidimos poner toda la carne en el asador y aceptar las estrategias y el lenguaje del mercado global, dejando a un lado parte de nuestra filosofía y quehaceres. Nos formamos en la formulación de nuevos esmaltes más atractivos. Comenzamos a trabajar al por mayor y empezamos una estrategia en las redes sociales. Esta evolución en nuestro modelo de empresa la sentíamos como ir dando el brazo a torcer en pos

de una economía capitalista y cada vez menos transformadora. Pero no podíamos atraer a más gente si no teníamos un proyecto viable, un ejemplo que demostrara que era posible vivir aquí, aunque requiriera ciertas cesiones.

¿Hay lugar para una economía justa dentro de un sistema injusto? ¿Es posible transformar desde un régimen que perpetúa el orden establecido?

El éxodo urbano

No hay receta válida para emprender en el medio rural. Y aunque los medios hagan un esfuerzo por mostrarnos historias preciosas sobre jóvenes que vuelven a la tierra, la realidad es bien distinta. O al menos eso es lo que observamos en estas montañas. No se trata solo de que no está sucediendo un movimiento de vuelta al campo, sino más bien todo lo contrario, la poca gente joven que queda se sigue yendo del pueblo. Y esto hace las cosas más difíciles para los pocos soñadores que se aventuran por estas tierras.

La brecha cultural y generacional es fuerte. Es común que no nos entendamos: la forma de afrontar el trabajo, el lugar de la mujer en la sociedad, los manejos de la tierra... Aun así, nos gusta interrogar a las personas del pueblo para comprender

y a ellas les gusta contar historias y ser escuchadas. Historias sobre aquella época en que las montañas se cubrían por un manto de cabras, de cuando mataban al cerdo, de cuando todo esto estaba cultivado y poblado. De cómo vivieron la gran transformación, desde la llegada de la electricidad, el coche, la televisión, el agua potable o la mula mecánica, a los abonos sintéticos y el roundup. De cómo se empezó a vaciar el pueblo. Los viajes hacia América, Argel o Francia en busca de trabajo no cualificado pero sí bien remunerado. Y, quizá, lo más valioso, de cómo aprovechaban los recursos del entorno y de la importancia de preservar aquellos saberes que les permitían vivir en estas tierras. Cómo ha cambiado todo, nos dicen. «Antes comíamos de la tierra y ahora la tierra nos come a nosotros».

El mito de la tierra maldita

Después de varios años, comenzamos a entender las razones del abandono y la mala fama que tiene el trabajo en el campo. Nos veíamos tentados a pensar que el campesino había sucumbido al placer de la mercancía y que se había acomodado. O que el ganadero se había hecho caprichoso y el pueblerino avaricioso. Hasta que un día compruebas que cuesta mucho más dinero cultivar tus propios tomates que comprarlos en el supermercado. ¿Será el huerto familiar el nuevo deporte de los ricos?

En algún momento de la historia, este pueblo estaba habitado por personas labradoras, que cultivaban su alimento y que se apañaban con lo que tenían. Pero poco a poco vino el progreso y el mercado global a enseñarles otras maneras de actuar. Es entonces cuando entraron en una rueda de ir perdiendo parcelas de su libertad. Ahora había que consumir y para ello había que generar dinero, y para generar dinero había que rentabilizar las tierras, y para ello había que asumir las nuevas estrategias: pasar al monocultivo, abandonar los animales de tiro y abrazar toda clase de productos fitosanitarios. Nos dicen que hubo un momento que todo esto llegó a funcionar, pero ahora es distinto. La imposibilidad de modernizar estas tierras montañosas las convierte en yermas. El agricultor siente humillación al comprobar que con lo que le pagan no cubre ni la recolección. Y aquí es donde entra el sistema subsidiario, el régimen te da dinero a cambio de que rellenes y cumplas una cantidad ingente de papeles indescifrables además de cumplir con sus requisitos y cupos de producción. Y ni así salen los números.

No queda nadie en este pueblo que se gane la vida exclusivamente de trabajar la tierra. Si aún ves bancales cultivados es por los jubilados que invierten parte de su paga en el mantenimiento de sus campos y en tirar veneno sobre ellos.

Pero no todo está perdido, el yermo aumenta —ajeno a este sistema— y se recupera a una velocidad asombrosa.

Alimentando el fuego

Después de toda esta reflexión, crítica y auto-crítica, nos preguntamos ¿Qué sería lo principal de esta historia de lucha y de huida al campo?

Comentábamos al principio que nuestro principal objetivo era huir de un modo de vivir propio del régimen capitalista. ¿Lo hemos conseguido? ¿Acaso podríamos acotar los límites del régimen capitalista? ¿Plantean los pueblos otra manera de organización? El orden comercial es universal, y los pueblos de estas montañas no son una excepción. Esto no quita el hecho de que lo rural parece un entorno propicio para oponer cierta resistencia al proyecto devastador del sistema capitalista. El cambio empezará desde la base, en la tierra.

Desde la experiencia, podemos decir que nos parece muy difícil recrear un modo de vida anticapitalista, más justo y sostenible, dentro del sistema capitalista, sobre todo cuando la comunidad de disidentes es tan pequeña. Este régimen tiene sus mecanismos de reconducción, mediante las subvenciones, la persecución y criminalización de cualquier alternativa. Si no vamos más lejos con nuestras luchas es, probablemente, por miedo a no resistir la respuesta ofensiva o a la exclusión social que podría conllevar. Al fin y al cabo, somos pocas y tenemos que medir las fuerzas. ¿Sería viable que dos personas criadas en las escuelas llevaran una vida autosuficiente fuera del sistema? Para nosotras no lo ha sido.

Dentro de esta situación, sin embargo, intentamos ser lo más coherentes posible, con nuestra comunidad y con nosotros mismos. Entender, discutir, criticar, compartir... para encontrar ese lugar que nos permita seguir en la batalla sin perder la vida. Seguiremos labrando la tierra, amasando el barro, cuidando los animales, levaduras y bacterias, y tejiendo red con vecinos y amigos. Seguiremos alimentando el fuego que nos mantiene unidos. Que el tiempo nos acompañe. ●

Marta Feliu i Reig

COCINAR PARA ENTENDER EL MUNDO

Ayer cosechó unos nabos muy tiernos y, una cosa lleva a la otra, puso a remojo dos puñados de judías secas, del verano. Así que por la mañana enciende el fuego en el hogar y pone encima la olla con las judías lavadas, una hoja de laurel y agua buena. «Hala, aquí se queda la olla, ya romperá a hervir el agua».

Pasa la mañana atareada. De vez en cuando, echa un ojo a la olla. Ahora se cuecen las judías, ahora baja el fuego y detiene el hervor. Pone unas ramitas en el fuego y lo revive. Añade más agua, si hace falta.

Cuando se acerca el mediodía, cosecha del patio unas pencas y unas hojas de lechuga. Limpia las pencas, las corta y, para quitarles la amargura, hace una primera cocción aparte. Lava y corta los nabos. Y añade los nabos y las pencas a la olla.

En la despensa, saca de la jarra una medida de arroz. Lo repasa bien, para quitar piedrecitas o gorgojos. Y va a la olla, con las judías, los nabos y las pencas. Un pellizco de sal. Ahora no puede perder el hervor, cuida el fuego. Tuesta y pica unas briznas de azafrán, y las añade. Lava las hojas de lechuga y con una zanahoria a trocitos, aceite y sal, hace la ensalada.

Mira la olla, ve su arroz con judías y nabos. Y piensa en un par de costillitas de cerdo que ahora no tiene. Harán la matanza pronto, en unas semanas. Pone al fuego una sartén, un poco de aceite, media cebolla cortada muy fina. Y la fríe con una pizca de pimentón. Hace una majada de almendra y ajo. Cuando incorpora todo esto a la olla, cambia el color, el olor y la textura de la comida.

Su hija está a punto de llegar y comerán juntas.

A sí imagino a la madre de mi abuela cocinando en su casa. Digo que imagino porque no las he conocido. Pero me doy esta licencia literaria, como se dice.

¿Cómo sabían tanto nuestras bisabuelas? A nuestros días han llegado recetas tradicionales llenas de ingenio para transformar los alimentos en platos nutritivos. Esos «truquitos». Añadir a la comida un majado de almendras para aportarle más proteína y espesar el caldo, y esa cebolla frita para añadir grasa, calor y alegría.

Mi abuela tuvo tres hijas y un hijo de leche. Un hijo de leche es aquel que no has parido y crías con la leche de tus pechos. Aprovechar y nutrir, siempre nutrir. Nada se echa a perder. La piel de la patata, para el cerdo; las sobras de la verdura, para las gallinas... y la leche materna

que no darás a tus hijas, pues para el hijo de la vecina, que ella no tiene bastante para criar a los suyos.

Y mi madre, hija de la posguerra, aprendió a cocinar con mínimos de subsistencia. Observando en su casa, mirando a su madre cómo cocinaba con lo que había. Y cuando no hay, se inventa. Y cuando hay, se conserva para alargarlo en el tiempo todo lo posible.

En casa de mi abuela criaron a las tres hijas, el hijo de leche y los sobrinos, hijos de su cuñado ferroviario, a quien el nuevo gobierno de los sublevados dejó sin jornal y sin trabajo. Mis abuelos tenían huerta y unos bancales de secano. Y con tierra e ingenio tenían que criar a todos, y lo consiguieron. Cuánto trabajo y cuánta sabiduría. Resiliencia.



Criterio e intuición

Ahora, hoy en día, yo, la nieta de mi abuela, soy cocinera. Cocinera agroecológica; es decir, cocino con alimentos de proximidad y de temporada. ¡Vaya! Nada nuevo. He llegado al oficio desde el activismo en defensa del territorio y de las personas que trabajan la tierra. Por la satisfacción de transformar los alimentos a mi alcance en platos nutritivos, por la salud de las personas, del territorio y del planeta.

Quizás, al principio, pensaba que para ser cocinera todo tenía que aprenderlo fuera. En los libros, con los expertos en cocina vegetariana y en los datos nutricionales. La teoría es importante, pero con criterio para filtrarla. No ha sido hasta que le he dado prioridad a la intuición a la hora de cocinar, cuando he empezado a disfrutar de mi trabajo. Confiar en mi criterio en la cocina ha sido un proceso de observación de los alimentos, de entender cómo se comportan cuando los guisas y de confiar en mis habilidades. Decidir cómo combinar los alimentos que se producen a mi alrededor, cuando me llega a casa la caja de hortalizas y con los de la despensa, y convertirlo en un plato sabroso y nutritivo es un juego que requiere poner los sentidos en aquello que se hace, hacerse responsable y disfrutarlo. Ir más allá de la observación.

Hoy en día les hemos puesto nombres a las cosas que pasan en la cocina con términos

modernos: nutrición, cocina de proximidad y de temporada, alquimia de los alimentos, conservación de los alimentos, tecnología de los alimentos... Cultura, gestión emocional... Imaginación, creatividad... Por ejemplo, ahora decimos «cocina de aprovechamiento» a aquello que es, en sí mismo, cocina. Cocinar es aprovechar los alimentos para nutrirnos; nada que sea un alimento se echa a perder, sino que se transforma y se le saca beneficio.

Antes, nuestras bisabuelas sabían bastante de todo esto sin saber escribir ni leer. Sin escuelas de cocina ni dietistas ni nada. Entonces, ¿es sabiduría ancestral? Yo digo que sí; que se transmite por observación de los mayores y de la realidad, experimentación y confianza en el criterio propio, en la intuición. Y responde a la necesidad y obligación humanas de cuidar la vida. Alimentarse, producir alimentos y cocinar es autogestión de la vida.

Rehacer el hilo roto

Y sé que hay un freno en este hilo de transmisión de conocimientos que empieza en la época de mi madre, cuando a nuestros mayores les dicen que sus saberes no son importantes. Es la época del boom de la industria alimentaria y también de la agricultura industrial y la industria farmacéutica.

Por ejemplo, si la industria puede producir más carne concentrando los animales en granjas

Omar Felipe Giraldo

Sobre saberes ambientales y estéticos de los pueblos

(O DE CÓMO SALIR AFECTIVAMENTE DEL LABERINTO DE LA CRISIS AMBIENTAL)

Uno de los obstáculos más grandes para enfrentar la crisis ambiental es el modo de representar el problema. Los enunciados sobre «lo que es» o «lo que pasa» en el contexto de esta crisis, imponen ciertas soluciones, al tiempo que excluyen e ignoran otras alternativas que podrían darle un curso completamente distinto al tratamiento de aquello que se pretende resolver. Como se sabe en la medicina, el diagnóstico determina el remedio. Si una patología se problematiza inadecuadamente, inadecuada será también la cura.

Pensar y sentir la crisis ambiental

En el caso de la devastación ecológica que amenaza nuestra supervivencia y la de muchos seres en el planeta, el discurso ambiental hegemónico construye el problema de forma tecnológica y económica, y, de ese modo, guía las soluciones en el ámbito de las creencias del progreso científico-técnico y la acumulación de capital.

Son muchas las cosas que podríamos cuestionar sobre las medidas inviables, inútiles y contraproducentes que resultan de una problematización, a mi juicio, errada para salir de la crisis y evitar (si es que eso aún es posible) el colapso. Pero el propósito de este escrito es subrayar al menos una de las exclusiones sin la cual es estéril abordar el fenómeno: la dimensión afectiva, sensible y estética de nuestro estar en el mundo. Es lo que con Ingrid Toro hemos denominado la

afectividad ambiental. Con este término queremos dar cuenta de aquel giro urgente en la forma de sentir-pensar que busca transformar nuestras percepciones y creencias perceptivas (componente estético), que está ligado a un tipo de saber (componente epistémico), a una forma de comprender nuestro puesto en el cosmos (componente ontológico) y que conlleva comportamientos acoplados a los ciclos de la vida (componente ético).

Se trata, entonces, de una mirada no reduccionista del problema, que parte de la convicción de que los determinantes de esta crisis, más que tecnológicos o económicos, están anidados en nuestro cuerpo: en la manera en como sentimos, hablamos, percibimos, conocemos. Todo ello suscita una manera de actuar, de emocionar, de significar, que a su vez crea los modelos

y asegurar la productividad con antibióticos y hormonas, entonces nos dicen que hay que comer más carne, la carne como gran fuente de proteína. Del subproducto —el residuo— de la industria cárnica todavía se harán más productos para la venta, las pastillas de caldo concentrado, etc. Y también de cualquier producción de alimentos de la agricultura industrial e industria alimentaria.

Porque, al final, el objetivo de la industria es su propio beneficio económico. No es nuestra salud ni la del planeta. No tiene ningún problema en deslocalizar la producción para abaratar gastos, porque no tiene vínculos con el territorio ni con las personas que trabajan en él.

Ahora tenemos mucha información, a veces demasiada. Tenemos la seducción de la publicidad y un acceso fácil a los alimentos insanos, comestibles pero insanos. Insanos porque no nos alimentan, porque están ultraprocesados, porque contaminan con todos los envoltorios y los viajes kilométricos para llegar desde donde se producen hasta donde se consumen. Porque se deslocaliza la producción y se deja sin tierra y sin agua a millones de personas. La agricultura industrial quema y desertifica tierras antes fértiles.

Esa es la «alimentación» actual. No nos nutre, nos pone enfermos.

Y en el camino perdemos algo esencial del ser humano, la capacidad de autogestión de la vida. Nuestra capacidad de experimentar y discernir, de tomar decisiones y emprender acciones diarias y cotidianas que nos conectan, en este caso, en el hecho de alimentarse, con la tierra y con quien la ha cuidado. Esta esencia no la encontraremos en las recetas de cocina.

Todo lo podemos hacer nosotros y con el tiempo lo hemos dejado en manos de otros.

Así que bienvenida cualquier actividad que nos conecte con nuestras habilidades y capacidades. Hacer, por nosotros mismos, aquello que necesitamos para vivir. Es satisfactorio, puesto que nos hace más libres.

Me viene a la cabeza la mermelada de naranja que tengo en casa. La ha hecho mi amiga Anna de las naranjas del huerto de su familia, que este año tenían mosca y se echaban a perder más rápido de lo que podían comerlas. Y ella ha hecho mermelada de naranja amarga. Naranja entera y con poco azúcar. A mí comerla me da gusto, aparte de por lo sabrosa que está, porque esta mermelada explica cosas.

Si tienes un huerto de naranjas para casa, sabes que no se cosechan todas a la vez. Como hace la agricultura convencional, para el mercado, que cosecha todo de golpe para abaratar costes. Las naranjas aguantan muy bien en el árbol y con el tiempo están más dulces. Además, se plantan variedades diferentes en el mismo huerto familiar, así que puedes empezar a cosechar en noviembre o diciembre —intensas, con un punto ácido— y continuar cosechando hasta marzo o abril, que estarán dulces como la miel.

Y, hablando de dulzura: la calabaza. Me encanta el fruto de la calabaza, no solo para comerla, sino en sí, cómo es y cómo nos acompaña.

La calabaza es un fruto que nos acompaña todo el año. Se siembra en primavera y a los dos meses ya empieza a florecer. Pasa el verano en el bancal desarrollando el fruto, lentamente. Las calabazas, para crecer y madurar, chupan todo el sol del verano. Pura energía acumulada en un fruto grande, redondo y naranja que cosecharemos en otoño y comeremos en invierno. A partir del otoño, las podemos almacenar en un lugar ventilado y seco, y al mirarlas, allí esperando ser comidas, nos aportan calor. En crema o tostadas al horno nos calentarán el cuerpo y el alma durante el frío del invierno. Y justo cuando empieza la primavera, si nos queda alguna calabaza, su carne se hace fibrosa porque a las semillas les está pasando lo que necesitan, la fuerza para germinar. Ya no está dulce y ha cambiado de textura. Entonces la mezclamos con leche, huevo y harina, y hacemos buñuelos. ¡Qué maravilla! Y ya tenemos a punto las semillas para empezar de nuevo el ciclo. Sí, la calabaza me conecta, me recuerda que soy cíclica.

La cocina nos ayuda a entender el mundo. Desde las cosas básicas y simples, y de ahí a las más complejas. Porque la cocina nos pide atención, reflexión, atender necesidades, distinguir entre lo que es bueno y lo que es malo. La cocina es una cosa básica y simple que requiere todos nuestros sentidos y que le brindemos atención y cuidado.

Así pienso que hacía la comida mi bisabuela. Autogestionaba la vida. Seguía un patrón aprendido por la observación diaria en su casa; como su hija aprenderá, de observarla a ella. Es un patrón que tiene mucho de entrenamiento de la intuición y muy poco de obedecer recetas y pautas.

Cocinar nos hará libres. ●

Marta Feliu i Reig
Cocinera agroecológica
El Llibrell, eines de transformació local

tecnológicos y económicos de esta modernidad ecocida, y que, por tanto, está en el corazón de la crisis de nuestro tiempo.

Las preguntas que surgen en el contexto de esta otra forma de problematizar son cómo hacemos para salir de los bucles de desafección que nos condenan al suicidio colectivo y qué elementos serán los requeridos para entrar en esa *afectividad ambiental* imprescindible para orientar la habitación en esta tierra sobreabundante y generosa. No existen soluciones mágicas y cada pueblo, cada territorio, cada geografía tendrá que buscar y encontrar sus recursos: construir sus propios artefactos de significación, sus propias artes, sus propios conocimientos. Sin embargo, de lo que sí estoy seguro es que los *saberes ambientales* de los pueblos vernáculos son una herramienta insoslayable para este empeño en el que si fallamos se nos va la vida.

El paisaje explica cómo habitar

Para sustentar esta tesis, es importante primero recordar que los saberes de los pueblos rurales son, en gran medida, estéticos. ¿Qué quiere decir esto? Que son saberes corporizados; embebidos en los sentidos, en las percepciones, en los afectos. Siguen el principio de que lo bueno, lo que está apropiado para el lugar y para el cuerpo, puede saberse a través de la intensidad de las percepciones del tacto, la vista, el oído, el gusto, el olfato. Que el cuerpo sabe, pero para *saber* es necesario primero conectarse, participar, entrar en un diálogo con los seres de la tierra. Los campesinos y campesinas han aprendido, por ejemplo, que lo que está bien para sus parcelas reside en la estética (la palabra *estesis* proviene de la sensibilidad): un tipo de conocimiento en el que se sabe que las plantas y los animales están bien, porque se percibe y se siente que están bien; y, al contrario, es posible detectar que algo está marchando por mal rumbo, si así lo perciben los propios sentidos.

Asimismo, porque mediante las posibilidades del cuerpo se hace una lectura del paisaje. Observando, escuchando, sintiendo, los campesinos, pescadores, pastores nómadas y pueblos indígenas, emprenden una comunicación afectiva con esos otros seres sensibles de la tierra más que humanos, en búsqueda de sus enseñanzas para sostener la vida familiar y comunitaria. En ese diálogo sutil e intenso, el paisaje parlante orienta la acción humana. Durante milenios, a



Mascaradas de invierno en
El Antruido de Riaño (León).
Foto: Miguel Sánchez González

través de la oralidad y la experiencia directa, los pueblos han confiado en la sensibilidad para dialogar con la naturaleza, interpretar los gestos de la ecología territorial y convertirlos en saberes ambientales pragmáticos. Así, para los pueblos vernáculos, todavía hoy el territorio es un agente que nunca es mudo; al contrario: la tierra es expresiva y, por tanto, lo que debe hacerse es avivar los sentidos para comprender la lengua de la naturaleza que nos habla con sus propios gestos: un color que viene con el cambio de estación, un viento que anuncia la lluvia, una revelación provista por los pájaros, un olor que previene la enfermedad.

Es de ese modo como los pueblos, a lo largo de historia coevolutiva, han aprendido, no sin desaciertos y desatinos, a armonizarse con los ciclos de la vida, a acoplarse, a entonarse (encontrar un buen tono, como en la música), para saber coexistir en este mundo colmado de otros seres sensibles. Interpretando las expresiones de la tierra, trayéndola al pensamiento a través del vehículo del lenguaje, es como los



Mascaradas de invierno en
El Antruido de Riaño (León).
Foto: Miguel Sánchez González

pueblos han entendido cómo crear composiciones técnicas compatibles con las composiciones territoriales tejidas por los encuentros y desencuentros de otras especies. En las *agriculturas*,¹ por ejemplo, han creado un arte de habitar la tierra que encuentra las múltiples formas de componer arreglos estéticos en el lugar habitado tutelados por sus propios sentidos. Así, han transformado el paisaje, creando *geografías* (escrituras sobre el cutis de la tierra) guiadas por la belleza, el orden de los patrones naturales y el conjunto de relaciones ecosistémicas, que se hacen significativas y singulares a cada cultura y lugar, para reproducir la vida humana y no humana.

Hoy esos saberes resultan fundamentales porque, a pesar de la vorágine del progreso y el avasallamiento colonial y capitalista, siguen siendo contemporáneos. Es acá donde toca cambiar la receta y, en lugar de percibir a los pueblos vernáculos como necesitados de lo que la vida

.....
1. La palabra *agricultura* está conformada por dos derivaciones latinas: *agri*, que expresa 'arte de cultivar el campo', y *cultura*, del verbo *colere*, cuya raíz originaria quiere decir 'cultivar' y 'habitar', de manera que el significado profundo de la palabra *agri-cultura* es 'el arte de cultivar y habitar la tierra'.

moderna tiene para ofrecerles, virar la mirada para entender que en sus cosmovisiones hay una herramienta muy importante para salir de esta crisis. No solo porque ahí reside la clave para construir procesos mutuamente enriquecedores con la tierra: la agroecología, la construcción vernácula, los saberes ecológicos, las prácticas medicinales (donde estos saberes siguen vitales, a menudo se encuentra la mayor megadiversidad biológica del planeta); sino también porque la estética de los saberes ambientales nos orienta sobre cómo hacer realidad esa *afectividad ambiental* tan urgente y tan esquiva.

La estética de cada civilización

Y es en este punto en el que quiero llamar la atención. La estética así entendida es una condición ineludible para reacoplar el orden humano al orden de la vida. Según podemos aprender de los saberes estéticos de los pueblos, la transformación perceptiva es un asunto fundamental en la transformación civilizatoria, debido a la importancia de reaprender a intuir, a través de nuestros propios sentidos, qué acciones permiten la composición de las relaciones vitales en los territorios y qué otras dan como resultado una descomposición de las mismas. Será muy difícil

Jean-Bosco Botsho

—diría yo casi imposible— reconciliarnos con la tierra viva, si no sabemos recuperar esa *sensación* de lo que está bien para el lugar porque así nos lo indica nuestro cuerpo, nuestros afectos, nuestros sentimientos, nuestra sensorialidad.

Durante el largo camino coevolutivo, nuestros antecesores aprendieron a habitar acoplado sus sentidos con el ambiente y, gracias a ello, *sabían* qué es lo adecuado y qué no para el territorio habitado. Nuestra modernidad tóxica, que no sabe sino enrarecer la vida, hizo que perdiéramos la habilidad corporal de dejarnos guiar por nuestras capacidades empáticas y sensoriales y empezamos, en cambio, a orientarnos por los códigos abstractos del valor económico y el progreso científico-técnico. De ahí la inmensa necesidad de cambiar la posición en la que participan nuestras percepciones en el mundo: afinar la intensidad de los sentidos para conectar con las redes de la vida.

Se trata de desarrollar la atención, la escucha admirativa y la observación profunda; entrenar nuestro poder empático; reavivar nuestras capacidades corporales, para resonar con los acomodos de la ecología territorial; y saber qué tipo de actos son los más adecuados. Si reaprendemos a percibir los patrones y regularidades del lugar, los ciclos y sus tiempos, los cambios durante el año o el fluir de las aguas, podremos ser orientados para comprender qué es aquello que debemos hacer y qué no hacer. Este despertar de los sentidos es una liberación de la jaula antropocéntrica en la que estamos apresados sin saberlo y una epifanía ante este huracán de muerte que no hace sino acelerar cada día su paso.

¿En dónde más sino en el lenguaje de la tierra misma está la clave para dejar de ocuparla y aprender a habitarla? Sin embargo, hoy ya no conocemos su lenguaje; mientras ella nos habla, a cada instante, con su particular expresividad estética, nosotros nos cruzamos de brazos y no la entendemos. No sabemos su lenguaje que es el lenguaje de la sensibilidad. Y para

alfabetizarnos en ese lenguaje, necesitamos reavivar nuestros sentidos, nuestra empatía, nuestra emotividad. Y nada como un entorno apropiado que lo haga posible. El afinamiento de los sentidos en consonancia con la tierra, se hace más fácil si habitamos en una atmósfera adecuada para cambiar la posición en la que participan nuestras percepciones. Por eso, es indispensable reverdecer y sembrar diversidad al tiempo que vamos incrementando nuestro contacto con los ciclos de la vida, confrontando los deseos impuestos y abandonando esos modos economicistas y utilitaristas de hablar sobre la vida.

La *afectividad ambiental* es entonces una transformación perceptiva guiada por un saber empático que conlleva una comprensión distinta de nuestra copertenencia en aquello que nos excede. Un cambio civilizatorio en el que la ética ambiental se inscribe en nuestras corporalidades como un correlato de otro modo de comprender nuestra posición en el universo. Apelar a una ética de tal tipo nos llama a cultivar nuestra empatía ambiental, a simpatizar con los lugares habitados y a generar una capacidad colectiva de actuar en sintonía con la tierra, en vez de seguir agudizando el problema usando la misma estructura de afectos y pensamientos que lo creó.

Pero estamos lejos aún de entenderlo. Seguimos obsesionados con las recetas vendidas por el discurso ambiental hegemónico. No hemos comprendido aún que sin *des-subjetivarnos*, sin modificar ese poder que yace en nuestros plexos nerviosos, en nuestra piel, en nuestro corazón, en nuestra lengua, no haremos otra cosa que dirigirnos, de manera directa y a máxima velocidad, al precipicio. Nosotros pensamos en una salida distinta al laberinto: crear una política de la vida y ante la vida basada en una *afectividad ambiental* que sepa prestar atención y comunicarse con la lengua de la tierra mediante la propia experiencia sensible. ●

Omar Felipe Giraldo

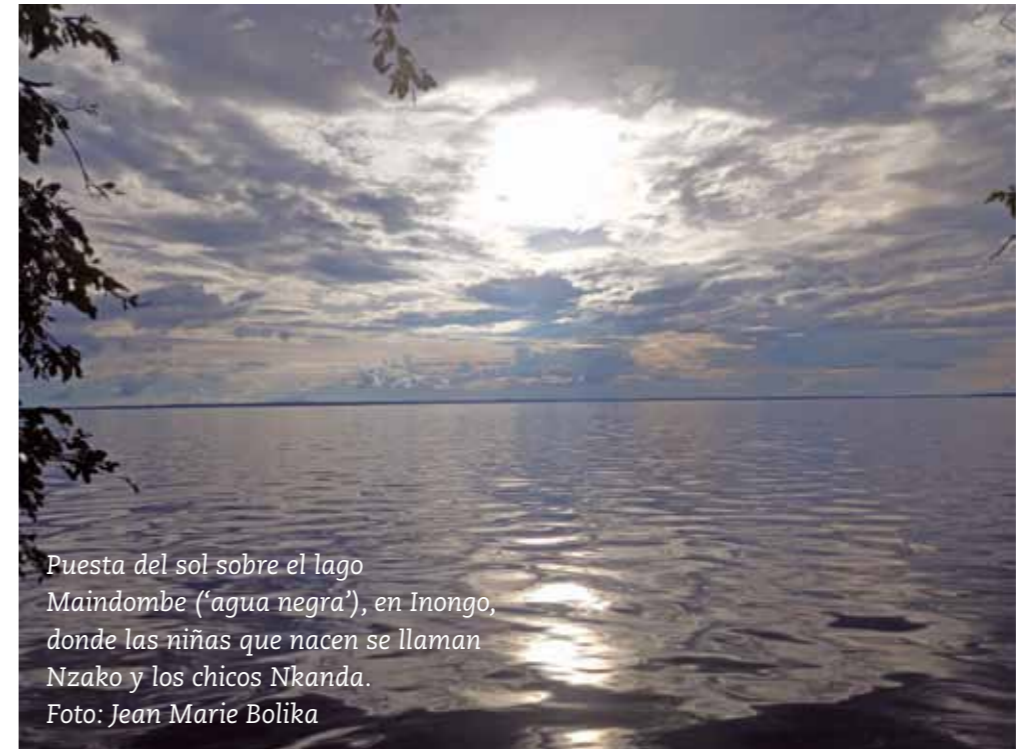
Profesor de la Escuela Nacional
de Estudios Superiores,
Unidad Mérida,
Universidad Nacional
Autónoma de México
(UNAM)

—Enlaces de acceso a sus últimos libros en PDF

—Multitudes agroecológicas: <http://bit.ly/3YwFzMQ>

—Afectividad ambiental: <http://bit.ly/3lnx7kR>

—Ecología política de la agricultura: <http://bit.ly/3DTiWKE>



Puesta del sol sobre el lago
Maindombe ('agua negra'), en Inongo,
donde las niñas que nacen se llaman
Nzako y los chicos Nkanda.
Foto: Jean Marie Bolika

Nombrar la visión del mundo

APELLIDOS, IDENTIDADES ESPIRITUALES Y EDUCACIÓN EN VALORES EN RDC

La atribución de «apellidos» en la República Democrática del Congo (RDC) tiene dos particularidades que podrían sorprender a quien solo conozca, por ejemplo, el sistema de atribución de apellidos en España. La primera particularidad es que no existe ninguna ley que diga qué *apellidos* debe llevar obligatoriamente la ciudadanía. No existe ningún elemento de identificación con ese término, entendido como nombre de familia. Las madres y los padres escogen libremente no solo los nombres de pila (en la RDC, en francés, *prénoms*), sino también los apellidos; es decir, lo que el derecho congoleño designa como *nom* y *postnom*.

La segunda particularidad es que la sociedad congoleña aplica sin ningún control estatal dos sistemas radicalmente diferentes: el sistema occidental y el sistema tradicional. Muchas personas occidentalizadas o que han estudiado optan por el sistema occidental, tal como se practica en Francia y en Bélgica.

El sistema tradicional de atribución de apellidos se encuentra en las antípodas del occidental. En las líneas siguientes presentaremos algunas de las características más originales.

Ante todo, hay dos cuestiones importantes. En primer lugar, la ausencia del concepto de *apellido* significa, entre otras cosas, que dentro de la misma familia cada niño lleva apellidos propios, diferentes de los de sus hermanas y sus hermanos. Es posible que uno lleve el apellido de la madre o el padre. En el sistema tradicional, esto es solo una posibilidad y no una obligación.

En segundo lugar, en el sistema tradicional no se puede suprimir el apellido que lleva una persona —adulta o no— desde el nacimiento y sustituirlo por uno nuevo. Hacerlo se consideraría una grave violación de un derecho personal. Por eso, no se puede sustituir el apellido de una mujer casada por el de su compañero, aunque este sea el mismísimo jefe de Estado.



Puesta del sol sobre el lago Maindombe ('agua negra'), en Inongo, donde las niñas que nacen se llaman Nzako y los chicos Nkanda.
Foto: Jean Marie Bolika

Extensión de las nociones de maternidad y paternidad

Poner un apellido a un bebé es identificar a la persona de quien lo toma como su madre o su padre. Atribuyéndoles siempre solo el apellido del padre (en la mayoría del mundo occidental) o los apellidos de la madre y el padre (como en el sistema español), el sistema occidental tiene una visión más bien sesgada de la maternidad y la paternidad. Por ejemplo, por el sistema occidental, las madres y los padres solo son seres humanos: la madre y el padre biológicos.

El sistema tradicional aplicado en la RDC extiende la noción de maternidad y paternidad porque crea la categoría de «madres cósmicas» y «padres cósmicos», es decir: cualquier miembro del cosmos puede ser considerado como madre o padre. Por eso, además de los apellidos de seres humanos, puede haber nombres de animales, ríos, montañas, volcanes, selvas, días, momentos del día, fuerzas de la naturaleza, seres invisibles, incluso un dios, etc. No hay estrategia más eficiente para la educación sobre el medio ambiente

que la atribución de nombres de elementos del cosmos como apellidos. Las denominaciones compartidas por los seres humanos y no humanos evidencian la comunidad primordial que une a la humanidad con el resto del cosmos, aunque pertenezcan a especies diferentes.

Por otro lado, que el sistema occidental atribuya al niño o a la niña solo el apellido del padre o los apellidos de la madre y el padre hace que a menudo el parentesco más significativo se reduzca a la familia nuclear. Por eso, en el mundo occidental, muchas personas valoran poco la riqueza humana y el valor educativo de los vínculos de parentesco que unen una persona a familiares, incluso próximos, diferentes de la madre, el padre, las hermanas y los hermanos, como, por ejemplo: las tías, los tíos, las primas, los primos, etc.

Al contrario, en la RDC, la posibilidad de atribuir a los niños también apellidos de familiares —tanto femeninos como masculinos, tanto vivos como muertos— de la madre y el padre subraya los papeles que desempeñan y tienen que desempeñar estos familiares como «madres comunitarias» y «padres comunitarios». Esta capacidad de apertura a la familia amplia y al mundo de «personas invisibles» constituye una buena iniciación para despertar la conciencia de pertenecer a una gran comunidad, humanamente mucho más enriquecedora que la estrecha familia nuclear.

La espiritualidad de los apellidos

La atribución de los apellidos no es un acto banal: se trata de una operación altamente espiritual. Atribuir un apellido a un niño o una niña es sobre todo determinar su identidad espiritual. En otros términos, se designa el espíritu que lo ha llevado desde el mundo invisible hasta el mundo visible, es decir: su espíritu-madre o su espíritu-padre. El apellido tradicional va mucho más allá del ámbito físico, biológico: revela la filiación espiritual.

Según los espíritus identificados como «madres» o «padres» de un bebé, los apellidos que se le podrían atribuir en la RDC pertenecerían a una de las categorías siguientes:

- Apellidos de personas vivas mayores que la madre y el padre del bebé. Estas personas mayores son familiares —tanto mujeres como hombres— que, por su edad, son considerados más espirituales, conocen el

«Apellidos» de espíritus no humanos

Apellidos que son nombres de animales: Nzoko, Nzau (elefante); Nkoy, Ngoy, Nkashama (leopardo); Ngandó, Ngandu (cocodrilo); Ndeke (pájaro); Mpóngó (águila).

Para enseñar a los niños y las niñas, y a la comunidad, a no juzgar las cosas y los seres por las apariencias, existe la costumbre de atribuir como apellidos nombres de animales aparentemente insignificantes, por ejemplo: mpese (escarabajo), ninzi (mosca), ngungi (mosquito). Igualmente, son apellidos considerados protectores porque se cree que la sociedad está convencida de que los y las mpese, nzinzi o ngungi son insignificantes y no representan ningún peligro para nadie. ¡Y todo el mundo los dejará en paz!

mundo de los espíritus mejor que la madre y el padre. Son, por ejemplo: la bisabuela y el bisabuelo del bebé, si todavía viven; su abuela y su abuelo; las hermanas, los hermanos, las primas, los primos mayores de su madre y su padre, etc.

La costumbre de atribuir apellidos de las personas mayores de la familia es una de las claves de la educación infantil en la RDC. Con el apellido, se designa un modelo a seguir. El apellido se convierte en una protección y le recuerda al niño que su comportamiento siempre debe ser como el de la sabia o el sabio de quien lo toma. Compartir el mismo apellido crea una relación de filiación, de amor y de respeto mutuo entre el niño y su modelo mayor.

- Apellidos de miembros difuntos de la familia: se trata de familiares que murieron, por ejemplo, durante el embarazo o en torno al día en que nació el bebé. En este caso se piensa que las personas difuntas han vuelto bajo otra forma: como un bebé. Por lo tanto, es normal que adopte el nombre de uno de estos familiares difuntos. Entonces, la familia considera al niño de dos maneras diferentes respecto al familiar difunto: es su doble espiritual y también es la hija o el hijo del familiar difunto, porque este familiar es su alma, el espíritu que le da vida y que actúa en ella, en él.

- Nombres de espíritus no humanos, por ejemplo, de los espíritus asociados:
 - A. al espacio geográfico: lugares (montaña, una ciudad particular, un río, una selva, etc.)

donde, por ejemplo, nació el bebé o donde la madre empezó a sentir los primeros dolores del parto;

B. al tiempo: días, momentos del día (mañana, tarde, noche), épocas del año (estación seca, estación de lluvias)... en que, por ejemplo, se produjo el nacimiento;

C. a fenómenos naturales (lluvias intensas, vientos fuertes, terremotos, etc.) ocurridos por ejemplo durante el embarazo o poco tiempo antes del día del nacimiento;

D. al mundo animal: animales-tótems o animales que se manifestaron de manera especial durante el embarazo, el mismo día del nacimiento o poco tiempo antes.

No es casualidad que el nacimiento de un bebé ocurra en un lugar geográfico especial, en un momento maravilloso del día o al mismo tiempo que se produce un fenómeno natural particular. Todas estas circunstancias son elocuentes: desvelan la identidad del espíritu cósmico (o de los espíritus cósmicos) que ha (han) acompañado y protegido al bebé como madre o como padre desde el mundo invisible. Así, identificar al bebé con el nombre de estos espíritus cósmicos es un acto excepcionalmente sabio porque con este gesto se proclama la supremacía del cosmos sobre los seres humanos: el cosmos es la madre o el padre que existía antes que nosotros. Seguirá existiendo cuando nosotros hayamos desaparecido. ¡Honrémoslo y protejámoslo! ●

Jean-Bosco Botsho

Presidente de Africat
Associació Africana i Catalana de Cooperació

Pilar Codony

Razón y animalidad

Vivimos en una sociedad que, a menudo, cae en planteamientos dicotómicos que simplifican enormemente la realidad y limitan nuestra mirada. Por ejemplo, la tendencia a oponer el instinto a la razón, como si no pudieran coexistir. La protagonista de la novela *Distòcia*, de Pilar Codony (L'Altra Editorial, 2022), ganadera en la Catalunya rural, reflexiona sobre esto a cuenta del momento de su vida que refleja el libro, del cual traducimos un fragmento. ¿Es así? ¿La razón es incompatible con la animalidad?

Goja¹ está convencida de que no. De hecho, está convencida de que no solo son compatibles, sino que la animalidad y el entendimiento encajan y se complementan a la perfección. Los dos le parecen igual de necesarios. Lástima, piensa, que, tanto la una como el otro estén en desuso. Ya no se lleva el dualismo entre los paleos de pueblo, analfabetos y medio animales pero grandes conocedores de la naturaleza y las artes agrícolas, y los intelectuales de ciudad, grandes pensadores de gusto exquisito por la literatura, la música y el cine y, en cambio, alienados completamente de su parte salvaje. Pero tampoco hemos mejorado mucho. De hecho, ahora se estila más la mediocridad en todos los ámbitos y en todas partes. Por un lado, ya no hace falta pensar y, a la vez, todo el mundo cree que sabe de todo. Cosas de internet, que nos ahorra el esfuerzo de retener información y que nos da respuestas para cualquier cosa. Por otro lado, nos hemos alienado completamente de los ciclos de la naturaleza, de su ritmo, de su latido. Los espacios naturales se han convertido en un producto de ocio. Están ahí para hacer bonito. Para pasear los domingos, armando follón como unos energúmenos, vestidos con ropa para la ocasión y un calzado muy caro, como si fuera un espacio inhóspito donde

hubiera que estar preparados para luchar contra algo. Y lo es, ciertamente, porque ya no sabemos observar, ni escuchar, ni oler, ni sentir. Incluso en las zonas rurales se ha perdido gran parte de este saber: ahora todo es demasiado grande; grandes tractores, grandes extensiones de campo, grandes monocultivos, grandes dosis de abonos y herbicidas, grandes cantidades de ganado confinado. Tanta grandiosidad desborda, nos aboca a una vida frenética que no admite la pausa, no admite la contemplación, no admite el respeto.

Goja tiene muy poca fe en la humanidad. ¿Qué se puede esperar de una humanidad tan desacostumbrada a usar la cabeza y tan alejada del animal que también es?

La razón es necesaria para ponernos límites —morales, éticos, como se quiera decir—, pero también es un instrumento de goce precioso que nos puede deleitar como ningún otro. Y, sobre todo, debería ser una herramienta de reflexión continua.

La animalidad, también la bestialidad, son palabras que se han empleado para designar comportamientos violentos y terribles. De ellas se extrapola el concepto de brutalidad. Brutal, según el diccionario: propio de los animales por su violencia o irracionalidad, bruto (animal irracional)... y, atención, dicho de una persona: de carácter violento. Animal, bestial, brutal: todos apuntan a la irracionalidad y la violencia. ¿Por qué? Goja no

Quizás nunca nos hemos fijado lo suficiente en la animalidad y por eso no sabemos apreciarla como se merece.

lo entiende. Cuantas más vueltas le da, más le parece que la humanidad se ha equivocado, se ha hecho un lío con las palabras, no las ha elegido bien. Quizás nunca nos hemos fijado lo suficiente en la animalidad y por eso no sabemos apreciarla como se merece. El hecho es que la hemos subestimado y despreciado desde siempre: para la religión, era paganismo; para los grandes pensadores, era cosa de ignorantes. En todo caso, siempre ha sido algo inferior desde nuestro punto de vista. Un punto de vista un tanto supremacista, lo mires por donde lo mires, piensa Goja. No, ella no está de acuerdo. Para ella la animalidad es, sobre todo, la capacidad de sentirnos parte del mundo, de amar, de conectar, tal como hace una madre con su hijo.

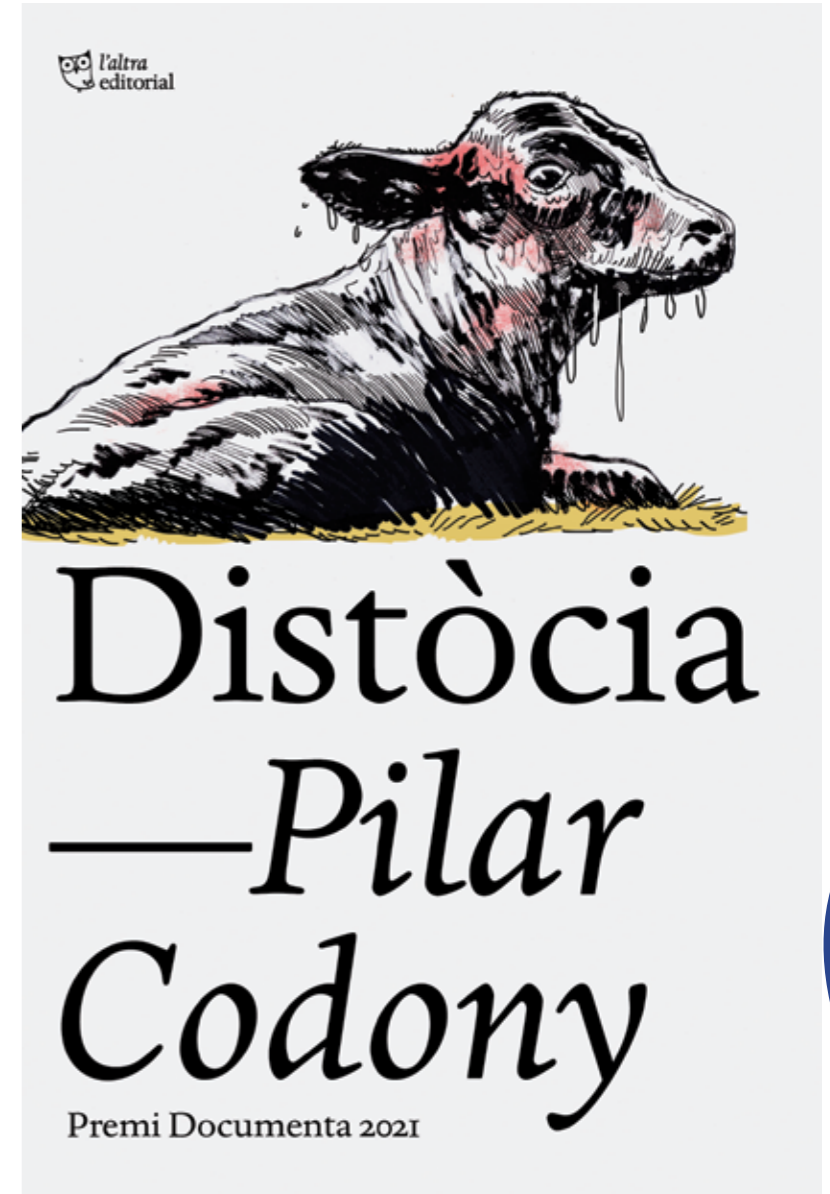
Sin conexión, de la razón no puede salir nada bueno.

Sin conexión, estamos perdidos.

Cuando han acabado el trabajo y Lamine se ha retirado, y Montse se ha retirado, Goja todavía se queda un rato en la granja. Ginzburg y Balzac esperan pacientes en la puerta de la lechería, alzando su mirada vidriosa e imploradora hacia ella cada vez que pasa por su lado.

Goja no hace caso de sus ojos famélicos y se asoma al patio de las nodrizas. Ya ha apagado todas las luces de la granja y, a esta hora, apenas queda un hilillo de sol poniéndose en el horizonte y la luna llena, llenísima, que ilumina la tierra con su rayo fantasmal.

Accede al patio y camina despacio entre los animales. Las vacas parecen poseídas por una



calma dulce, a esta hora. La mayoría yacen y rumian, con los terneros al lado. Chéjov husmea en el comedero distraídamente. Mafalda bebe agua. Los pequeños están todos tumbados, exhaustos, cansados de todo el día, medio adormilados. El único que levanta las orejas cuando ve a Goja es el hijo de Kundera. Todavía no sabe muy bien quién es, qué hace ni qué quiere, este ser de dos patas que va y viene.

Ella se pone el polar que lleva atado a la cintura. El aire es fresco, el olor es húmedo y penetrante. El silencio impera. A esta hora, la granja es una delicia, sin nadie más, con las luces apagadas: se transforma en una especie de oasis de paz y de serenidad.

Pilar Codony *Distòcia*, pp. 178-180

1. La protagonista se llama Glòria, pero decide hacerse llamar «Goja» porque así se llama a las hadas en algunas zonas de Catalunya.

Vida, espiritualidad y redes afectivas

CONVERSATORIO SOBRE TRANSFORMACIÓN DE LA CULTURA HEGEMÓNICA

Cuatro personas de diferentes territorios, edades, andaduras... cuatro experiencias que desafían los valores hegemónicos urbanocapitalistas se encuentran para contrastar su forma de ver los cambios profundos que necesitamos como sociedad.

Pablo Simón Vicente: Yo soy agricultor. Vengo del colectivo Memoria Viva de los Pueblos, conformado hace cinco años y que aspira a convertirse en movimiento popular diverso e internacionalista, ya que caminamos junto a colectivos campesinos y movimientos de otros territorios. Nuestro sueño es seguir asentando población que cultive la tierra y tener una Escuela de los Pueblos, de formación política, aquí en el centro de la España vaciada (Valle de Valdivielso, Burgos).

Sara Romero: Vengo del interior de Alicante, al otro lado de la costa turistificada. Formo parte del centro social autogestionado de montaña Mas del Potro, una especie de cooperativa de vivienda donde convivimos y organizamos actividades para agitar el medio rural y tratar de transformarlo. Aparte, con ese mismo objetivo, estoy en diferentes colectivos como La Directa. Siento que mi trabajo es la comunicación, juntar personas de diferentes sitios y a partir de ahí crear cosas.

Emiliano Tapia: Camino con la gente del barrio de Buenos Aires, en Salamanca, un barrio complejo, aunque muy pequeño. Acompaño también a personas dentro y fuera del ámbito carcelario y también del ámbito rural. Toda mi vida ha girado en torno a estos tres ámbitos, donde se ha ido generando una serie de iniciativas que han proyectado mi vida. Soy cura, pero no me determina el hecho de ser cura, sino a quién acompaño, cómo y desde dónde.

Feliciana Mora: Vivo en Málaga aunque no soy de aquí. He sido agricultora muchos años y ahora estoy vinculada a la agroecología con el grupo de consumo Margaritas, el cuarto grupo que monto porque me parece muy importante apoyar al pequeño campesinado. También soy activista de Stop Desahucios, de la lucha para que se mantengan las pensiones para futuras generaciones, contra su privatización, y también milito por la renta básica universal.

¿Qué fue lo primero que se os pasó por la cabeza al pensar en este tema?

Pablo: La hegemonía cultural es esa pared tan brutal a la que nos enfrentamos continuamente, que tenemos asimilada y por la que vivimos

sometidos. ¿Cómo cambiamos esto? Para mí es un tema tan profundo que involucra todas las dimensiones en las que trabajamos diariamente. Me apetecía mucho reflexionar sobre ello y sobre cómo hacerle frente.



Emiliano: Quienes pasamos de los setenta hemos visto muchos momentos de cambio, pero ahora vivimos uno verdaderamente apasionante: nada de lo que ayer parece que valía nos vale hoy ni nos valdrá en el futuro. Tenemos la suerte de vivir un proceso de cambio cultural de raíz, en la antropología, en la sociología, en la economía. Es un cambio que va a requerir mucho tiempo y, aunque intuyo algunas cosas, no vislumbro por dónde puede orientarse.

Feliciana: Yo tengo la esperanza de que esos cambios, que también yo veo desde mi larga experiencia, serán para mejorar. Y veo un punto clave, el mundo del trabajo ¿por dónde va a salir? Se sigue priorizando la mecanización en lugar de los trabajos manuales y autónomos, y tenemos una sociedad con cada vez más personas paradas...

Sara: Yo pensé que era difícil definir qué es cultura en singular. Yo la defino como una serie de experiencias acumuladas que determinan

cómo organizas tu vida y tu entorno, entonces, culturas hay muchas. Pero es verdad que existe una «Cultura», en singular y mayúscula, hegemónica, elitista, que se impone. Y luego culturas en plural. ¿Cómo le damos la vuelta a esto? Ahí entran temas como la participación comunitaria o romper con esta dicotomía campo-ciudad. Yo tengo 24 años y no siento que en mi recorrido haya visto muchos cambios, lo que sí sé es que, si hablamos de crisis climática, no hay tiempo para esperar a que este cambio suceda poco a poco.

Emiliano: Eso es, cuando hablamos de cultura, ¿de qué estamos hablando? La cultura es lo que hace posible que la vida esté presente en muchos territorios, colectivos, países, pueblos..., pero también lo que hace que la no vida se haga presente sin esperanza. Un ejemplo, después de 20 años de guerra en Turquía o Siria, esta cultura de enfrentamiento de poderes ¿va a ser capaz de transformar la no vida de esos pueblos?

Si hablamos de crisis climática, no hay tiempo para esperar a que este cambio suceda poco a poco.

Es decir, hay culturas de *no vida* y culturas de *vida*, como la campesina, que lamentablemente la hemos despreciado.

Pablo: Yo siento que lo que denominas *no vida* es resultado de esa cultura hegemónica. Para mí hay una gran semejanza entre la destrucción de culturas y la destrucción de la biodiversidad. La hegemonía cultural nos lleva a la crisis climática, que va a hacer que no exista la vida. Necesitamos imperiosamente modelos de organización muy elevados para enfrentar este sistema capitalista que devora las culturas de vida y los territorios. Lo vemos con el individualismo, que está destruyendo rasgos culturales que se llevaban construyendo miles de años: la comunidad, el cuidado del territorio, de los bienes comunales... Los conocimientos campesinos que existían son las periferias de hoy, junto a las personas que no pueden participar en este sistema.

Feliciana: Hay que hacer mucho hincapié en recuperar territorio para lo rural, porque sin ruralidad no hay vida. Es donde se cultiva nuestro alimento. Va a ser catastrófico si se pierde, como están intentando, a cambio de imponer placas solares en tierra fértil que podría estar en plena producción. Habría suficiente con que eso lo pusieran en polígonos y tejados y no ocupar territorios rurales.

Decías, Emiliano, que no sabes hacia dónde estamos yendo..., pero ¿hacia dónde deberíamos ir? ¿Qué elementos culturales debemos promover?

Emiliano: Hoy estamos en el mundo de los grandes grupos económicos, y el horizonte tiene que ser el mundo de las personas, de los seres vivos, de la vida. Este tiene que ser un cambio profundo. Feli hablaba de ruralidad; pero, por ir más allá, yo hablaría de recampesinización, de

recuperar la tierra como algo fundamental para las personas. Todo lo que sea seguir apoyando estructuras que controlan los grupos económicos tiene que acabar: la guerra, el negocio de las armas, del narcotráfico. Hemos de acabar con espacios de inhumanidad, de destrucción, como la cárcel. Solo seremos capaces de afrontar un nuevo horizonte si ponemos las vidas como centro.

Sara: Decimos que llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones, ¿cómo es ese mundo? Yo creo que es fundamental crear comunidades horizontales que decidan cómo quieren vivir, eso es la soberanía, que podamos gestionar nuestros recursos en nuestros territorios. Por eso admiramos a los compañeros de Chiapas o el Kurdistan, porque han creado estructuras con un poder de base. Lo que queremos es tener la cultura en nuestras manos. A mí, Emiliano, lo que comentas de acabar con la guerra y lo demás a veces se me hace grande. ¿De qué manera podemos generarlo? Porque no se trata de esperar a que las instituciones lo hagan, nosotros también tenemos la responsabilidad de favorecer que esto pase. En el ejemplo de la lucha contra las macroplantas solares, la gente se está organizando. ¿Cómo podemos gestar un movimiento que diga no a este modelo y dejar de pensar que tiene que ser poco a poco? Empezamos a ver cada vez más cooperativas de transformación social, pero ¿cómo llegar al resto de la gente? Porque en realidad somos una burbuja y al final la gente lo que quiere es que no le desahucien o poder pagar el alquiler.

Feli: Yo lo que veo en algunas ocasiones es que las personas están tan imbuidas en este sistema depredador que se teoriza mucho, pero a la hora de actuar no se lleva una vida que genere esos valores. Esperar que los cambios vengan por arriba desanima y cansa. Somos quienes han de dar ejemplo, quienes tenemos que cambiar. Por ejemplo, decrecer. Yo llevo muchos años llevando una vida muy austera y creo que soy mucho más feliz que si estuviera en el tren de vida del consumismo.

Pablo: Para afrontar una transformación cultural habría que repartir la riqueza, eso está claro, y hacer una gran reforma agraria. Desde que nacemos se nos educa para ser elementos productivos de la maquinaria y el trabajo asalariado ha sido una de las mayores formas de control social de la historia. No es casualidad que en muchos lugares de Latinoamérica los grandes

cambios se produzcan por los movimientos campesinos e indígenas. Ellos son los que tienen mayor autonomía y son capaces de organizar paros durante mucho tiempo porque no tienen que ir a trabajar al día siguiente de forma asalariada. Para mí, las transformaciones culturales que pondrían la vida en el centro están ligadas a la autonomía, al derecho a la tierra y a la propia gobernanza política, algo que va en la línea de nuestra idea de Escuela de los Pueblos: que la gente que vive en los territorios se forme y sensibilizar a las ciudades para que puedan mirar con dignidad a los territorios, porque en ellos viven las personas que promueven la vida, que cuidan del agua, los animales, la biodiversidad, los bosques...

Emiliano: Dentro de esta situación tan dura hay señales de esperanza. Yo estoy contento de ver que, entre la gente joven, en el tema de energías asoma algo distinto, como las comunidades energéticas. También la vuelta a la tierra. Hay que promover el trabajo, que no el empleo, porque como Pablo planteaba, el empleo es un elemento de explotación, pero el trabajo es un elemento creativo y de construcción de la vida. Veo en estos signos que asoma la centralidad de la vida de otra manera.

En este mundo tan material y racional, ¿qué pensáis de la espiritualidad? ¿Debe tener algún papel en el cambio cultural?

Emiliano: Para mí este tema es clave. La centralidad de la vida solo se hará desde una espiritualidad universal, la que es propia del ser humano, de la naturaleza, incluso de todo lo que generamos. Nadie puede apropiarse de ella, ningún colectivo, ningún ser humano, ninguna religión, y ¡cuántas veces lo hemos hecho desde la religión católica! Por suerte, creo que ya hemos superado eso de que si no eres creyente de una religión no tienes espiritualidad. Yo apostaría por una sociedad donde la espiritualidad esté por encima de la razón, porque tenemos a las generaciones mejor preparadas a nivel académico, pero no sé si están atravesadas por una espiritualidad universal.

Feli: Yo pienso que no, porque no se les muestra ni se les enseña, pero antes no era mejor. Yo tuve la suerte o la desgracia de no ir a la escuela. Nací en el 41, eran tiempos muy diferentes y las chicas de pueblo y de familias que

Hoy estamos en el mundo de los grandes grupos económicos, y el horizonte tiene que ser el mundo de las personas, de los seres vivos, de la vida.

trabajaban en el campo era muy difícil que fuéramos a la escuela. Para mí la espiritualidad es que prioricemos valores como el amor, la solidaridad, la armonía, la tolerancia... Y todo eso está ausente en nuestras sociedades.

Pablo: Yo también entiendo la espiritualidad como la construcción de un imaginario con valores como los de comunidad, territorio,



Feliciana

¿Cómo podemos gestar un movimiento que diga no a este modelo y dejar de pensar que tiene que ser poco a poco?



Pablo

naturaleza..., de una vida donde se trabaja por construir la certeza de que yo estoy bien si mi vecino está bien, si mi comunidad está bien y si mi territorio está bien. Hay familias que te inculcan estos valores, pero cuando sales, la televisión, la sociedad... Los valores del capitalismo son opuestos. Una de las grandes derrotas de occidente es esa pérdida de espiritualidad relacionada con el territorio y la comunidad, porque cuesta mucho recuperarla. Tenemos que trabajar para volver a construirla.

Sara: Yo creo que tengo una forma de pensar totalmente diferente. A mí la espiritualidad me da miedo porque la entiendo como una promesa de salvación, de «liberación del espíritu» que te hace caer en unos dogmas que te alejan de los problemas reales. Estamos en un contexto muy cambiante y el capitalismo es híbrido y permeable, se adapta a lo que sea y aparecen todas estas nuevas espiritualidades seculares. Muchas de ellas toman formas de ver el mundo de otras culturas. En mi caso, lo que se opone a esa razón masculina, vertical y patriarcal son los feminismos, el transfeminismo, que plantea otra forma de ver las cosas. ¿Esa es mi espiritualidad? No lo sé. Pero hay que ir con cuidado, porque en

los ambientes más alternativos son discursos que entran muy fácil y que están atomizando mucho y desviando la atención de quien causa las opresiones.

Emiliano: La espiritualidad de la que hablamos va más allá del mundo de los valores y de las ideas. Mucho más allá. Yo hablo de una espiritualidad universal en el sentido de que esté al servicio de la vida y de las personas, que atravesase todo aquello que genera dolor y no hace posible otra manera de vivir. Yo no creo ya en las salvaciones, creo en otro ser humano.

Pablo: Sí, el capitalismo absorbe las espiritualidades. Y esas corrientes pseudoespirituales que decía Sara tienen una visión plenamente individualista, desarrollarte tú, cuidarte tú, conseguir cosas tú. No estoy para nada de acuerdo con esto. Para mí la espiritualidad ha de estar ligada a un territorio y el gran éxito del capitalismo es haber roto ese vínculo.



Sara

Feli: Le diría a Sara que no tenga temor, porque la espiritualidad de la que habla Emiliano no tiene nada que ver con la que nos ha inculcado la religión cristiana o cualquier otra. Eso no es realmente espiritualidad. La espiritualidad es liberadora, hacia una mayor felicidad entre las personas.

Sara: Por eso es importante definir de qué espiritualidad hablamos porque nos puede llevar a un narcisismo brutal que está muy lejos de la solidaridad y en el que es muy fácil caer porque ayuda a explicar un mundo que es complicado de entender.

Estamos en un momento en el que el tiempo se gestiona para producir sin descanso y esto no facilita la conexión con la vida ni con nosotros mismos. ¿Qué pensáis de esto?

Feli: Yo creo que lo más importante es ir creando vínculos entre las personas, formando pequeñas ecoaldeas o comunidades. Desde esas formas de vida se puede ser más eficiente y respetuoso, compartir y gestionar mejor los recursos, incluyendo el tiempo, al que se le debe dar un valor muy diferente al de ahora.

Para afrontar una transformación cultural habría que repartir la riqueza, eso está claro, y hacer una gran reforma agraria.

Pablo: Sí, nos han robado el tiempo y la sociedad que aspira hacia el mito del desarrollo no descansa. Empleo perpetuo, llenos de proyectos, de ideas..., nada se sale de la maquinaria. No hay tiempo y por ello hemos perdido la capacidad de observación. Las comunidades campesinas y nuestros mayores observaban y aprendían de la naturaleza y generalmente esa capacidad

Yo apostaría por una sociedad donde la espiritualidad esté por encima de la razón.

estaba ligada a la transmisión del conocimiento por las generaciones anteriores. Para mí es importantísimo que involucremos a los mayores, que les cuidemos. ¿Cómo recuperar el tiempo que nos han robado? Juntádonos, compartiendo comidas, asambleas, cuidados... El capitalismo ha hecho que ni los movimientos sociales podamos compartir entre nosotros.

Sara: Yo me fui a estudiar fuera y luego volví a rehabilitar esta masía y la tierra. El tema del uso del tiempo me ha marcado mucho el primer año. Los ritmos del campo, el frío, el calor... El tiempo que teníamos que pasar contemplando, materializando, haciendo real todo esto, era totalmente diferente al tiempo de fuera, al que te dice que tienes que encontrar un trabajo asalariado y avanzar en tu carrera profesional. Entonces, cuando hablamos de que los jóvenes habiten el medio rural, es fundamental transformar la forma de pensar para convivir con esto. Nuestros espacios tienen que ser abiertos, acogedores, reproducibles. Por eso los vínculos de los que hablaba Feli son fundamentales, hay que mapear y vincular. Simplemente, mostrar que otros ritmos de vida son posibles.

Feli: De niña, hasta los 14 años que migramos a Catalunya desde la Mancha, estuve trabajando el campo. Luego en 1980 volví al campo a trabajar, pero mi propia tierra, no la de otro, y hubo unos años en que nos encontramos una serie de familias en la misma comarca y decidimos aunar esfuerzos y tiempo para apoyarnos. Fue una experiencia preciosa y enriquecedora. Nos juntábamos todos los domingos para hacer las labores necesarias entre todas, sin que mediara el tiempo ni el dinero, y para comer juntas. Sacar patatas, cambiar tejados, intercambiar

herramientas como motosierra, desbrozadora... Ese tipo de cosas hay que retomarlas y se deberían revalorizar porque tienen mucha importancia. Dan mucho mejunje a la vida.

El ejemplo de Feli está movido por redes afectivas. Son formas de avanzar hacia ese cambio y seguro que hay más.

Emiliano: Sí, iba a hablar de tres ejemplos que creo que nos ayudan a avanzar. Uno, nuevas relaciones entre el mundo urbano y el rural: que se frene el hacinamiento en las ciudades y se vea el rural como mundo fundamental en temas como la alimentación y otros. Dos, estamos en un sistema muy represivo que cala en la propia sociedad, que justifica la cárcel. Los cambios en el sistema penal van a más dureza, cuando habría que pasar de lo punitivo a lo humanizador, a escuchar... Es un reto enorme. Tercero: el feminismo, el ecofeminismo, que cada vez está más presente. Pero nos queda mucho por andar para esa nueva cultura y esa nueva espiritualidad y, si no somos capaces de ponernos hombro con hombro con la no vida para descubrir lo que realmente es la vida, no seremos capaces de asumir un nuevo horizonte.

Sara: Yo añadiría la importancia de observar, conocer, entender cómo funcionan otros territorios que han conseguido cambios para luego adaptarlo a tu propia tierra.

Pablo: Las redes afectivas tardan en generarse y no están reguladas por el factor económico. Te apetece compartir ese trabajo con otras personas y ese apoyo mutuo se convierte en parte de tu vida. La hegemonía cultural capitalista hace que cada vez tengamos menos capacidad de crearlas y por eso son tan sumamente imprescindibles las experiencias comunitarias. Tiene que haber referentes diversos que nos ayuden a orientarnos. Tenemos el privilegio de poder hacerlo, así que tenemos que ser gestores de tierra, de afectos, promotores de vida para que otras personas puedan venir. Es muy importante que volvamos a meter las manos en la tierra, a bañarnos en los ríos y a juntarnos a comer un pan hecho por nosotros mismos.

Feli: No debemos perder la esperanza ni la alegría de impulsar este cambio. ●

Revista SABC

EN PIE DE ESPIGA

EN PIE DE ESPIGA

Lucía Argüelles

LAS "MALAS HIERBAS" Y OTRAS FÁBULAS

Las malas hierbas son como el lobo de los cuentos: siempre malas. El concepto que tenemos de ellas viene marcado por el relato común sobre el sistema agroalimentario, dominado por el progreso, la homogeneidad y el control sobre la ecología. En este artículo reclamo la necesidad de nuevas fábulas que reconozcan el papel de los animales, las plantas y los objetos inanimados, y fomenten otras maneras de relacionarse con ellos. En ciencias sociales esto se conoce como poshumanismo.



Campo de alcachofas en la comarca del Maresme (Barcelona).
Foto: Lucía Argüelles

Las malas hierbas, la maleza o las plantas adventicias (o simplemente la *hierba* en el lenguaje usado en el campo) se caracterizan por ser no deseadas o estar fuera de lugar. A menudo, se equiparan de forma errónea con las plantas invasoras y siempre se ven como competidoras fervientes por nutrientes y agua, pues es cierto que sus capacidades reproductivas y de adaptación son inigualables. En positivo, se les han reconocido propiedades en el terreno culinario y medicinal, y se han valorado por su capacidad de atraer fauna auxiliar y mejorar la fertilidad de tierras de cultivo.

Al margen de debatir sus beneficios o maldades, el análisis de estas especies desde una perspectiva poshumanista explica su gran impacto en la vida social humana. Gestionar la maleza es probablemente una de las tareas a las que más tiempo ha dedicado la humanidad. Y no solo en el pasado. La mecanización y los herbicidas químicos han reducido ese tiempo, pero no la complejidad de la gestión de la vegetación no deseada. Millones de euros y de recursos (drones, aviones, técnicos, controles en aeropuertos, etc.) se invierten anualmente en el mundo para evitar que las plantas invasoras crucen fronteras. La visión poshumanista diverge de la idea de agencia humana como única y dirige la mirada hacia la agencia de relaciones entre múltiples actores, humanos y no humanos. En la agricultura, la hierba es un elemento importante que va ligado a temas clave como la biodiversidad, el trabajo, la economía o la erosión del suelo. La hierba y sus relaciones con el campesinado, con los pesticidas, con los insectos... tienen agencia, es decir, tienen la capacidad de cambiar cosas y de crear mundo.

Pensar relaciones diferentes

Así, se puede entender la hierba como una pieza clave en el desarrollo del sistema agroalimentario industrializado. Por un lado, lo dificulta, dado que va en contra de sus cuatro pilares: homogeneidad, predictibilidad, calculabilidad y control. Pero, por otro lado, la hierba también ha facilitado en gran medida el desarrollo de este paradigma, dado que su eliminación sostiene y justifica el uso masivo de químicos, alimentando el conglomerado agroindustrial. Precisamente para hacer los cultivos resistentes a los herbicidas de amplio espectro (glifosato) se desarrollaron los primeros organismos genéticamente modificados. Y, más recientemente, la capacidad de la

hierba de adaptarse y hacerse resistente a estos herbicidas (y que les ha valido el sobrenombre de superweeds o supermaleza) ha hecho que la agricultura industrializada cuestione el empleo masivo de agrotóxicos y abra una pequeña ventana al cambio aunque solo sea por razones de coste-beneficio.

Los nuevos marcos regulatorios, como la prohibición del glifosato en muchas ciudades, o el programa Farm2Fork que pretende reducir al 50 % el uso de pesticidas en la Unión Europea en 2030, así como algunos cambios biofísicos, como la mencionada resistencia de organismos a los pesticidas, están limitando el uso de métodos químicos. Para adaptarse a estos cambios, será fundamental que cambiemos las relaciones que tenemos con las plagas y la hierba. Este cambio de mirada, precisamente, ya se hizo con el control biológico (o lucha integrada) y tuvo un gran impacto en la manera en que se piensa en plagas e insectos. Se pasó de una idea de control y erradicación a una idea de trabajo conjunto con la fauna auxiliar. Esto redujo considerablemente el uso de insecticidas, o al menos eso se dice, dado que las cifras de uso de pesticidas siguen siendo muy opacas.

Se sabe que para generar relaciones diferentes hay que pensar antes en relaciones diferentes. Y, si hablamos de convivencia, necesitamos nuevos marcos para entender cómo hacerlo. No se trata (solo) de no usar herbicidas, se trata de entender las hierbas de otra manera y de aprender a convivir con ellas en la medida de lo posible.

Cambiar las prácticas

La agroecología es también un relato que ha cambiado la manera de pensar las relaciones entre seres humanos, otros seres vivos y ecosistemas en general. Como ciencia, se basa en fomentar las relaciones sinérgicas entre actores (microorganismos, cultivos, insectos, hierba) que favorecen la salud del suelo, del agua, del aire y de las personas y el territorio. La agroecología como movimiento se ha formado y sostenido para defender una determinada manera de entender esas relaciones, transformándolas en una fuente de saber y poder que alimenta las luchas sociales.

En la práctica, ¿qué pasará si se reduce el uso masivo de herbicidas? ¿Crecerá la maleza de manera descontrolada y convertirá la tierra en una selva? ¿Nos esclavizarán y nos obligarán a ocuparnos de ellas de manera constante en jardines, ciudades y huertos? Puede que simplemente

Plantropoceno frente a antropoceno

Otro relato inspirador es el Planthropocene (o plantropoceno) de Natasha Myers (2018) como propuesta para contrarrestar la idea de antropoceno, que sitúa al ser humano como culpable y también como único salvador del desastre ecológico. Myers sugiere que para crear mundos vivibles hay que fomentar y reforzar las relaciones con las plantas, y nos recuerda que este planeta es habitable y respirable por animales como nosotros gracias a la fotosíntesis. Nos invita a que nos fijemos en la capacidad de otros seres vivos para generar mundos vivibles. Se refiere a las plantas y también a las bacterias, los gusanos o los microorganismos que se encargan de las relaciones y de las construcciones más invisibles pero también más fundamentales que componen el mundo. Por supuesto, las personas que trabajan la tierra saben mucho de estas relaciones, pese a que el modus operandi de la agricultura industrializada y química es romperlas e invisibilizarlas.

Natasha ha escrito un decálogo de pasos para movernos hacia ese plantropoceno. Uno de ellos es olvidarnos de los jardines del Edén como lugares inmaculados y sobregestionados por el ser humano, y dejar que crezcan las plantas donde quieran, no tenerles miedo. La expansión de las plantas llamadas invasoras está ligada a los efectos del colonialismo y del capitalismo, ambos despojan a los habitantes de sus tierras y generan tierras sobreexplotadas. Dejando sin relación cuerpos y tierra se generan ecosistemas donde las plantas espontáneas prosperan. Por tanto:

«Ninguna planta es mala, las plantas espontáneas crecen en la tierra que está destrozada, abandonada por los efectos del capitalismo y la alienación con la tierra y la naturaleza. Las malas hierbas nacen en espacios de desposesión, arrancados de sus moradores históricos. Antes de envenenar la tierra con glifosato, debemos preguntarnos qué hacen las plantas en este lugar».

Natasha Myers (2018) «How to grow livable worlds: Ten not-so-easy steps», The World to Come, Kerry Oliver Smith, University of Florida, p. 53-63.

haga que nos acerquemos a ellas de otra manera, que nos compinchemos, que usemos herramientas que requieran más atención, más reflexión, más tiempo... y que ese tiempo con la vegetación excesiva sirva para darnos cuenta de que lo que es bueno para las hierbas es bueno para nosotros. Por ejemplo, suelos limpios, agua, insectos polinizadores. ¿Se adaptará el sistema agroalimentario a este cambio al ver sus ventajas en la salud de las personas, la biodiversidad y los suelos?

En el trabajo de campo que llevé a cabo en el Maresme (Catalunya) observé que a medida que se reducía el uso de pesticidas (por regulación y por resistencias), y en concreto después de la prohibición del fumigante bromuro de metilo en 2004, los agricultores y las agricultoras empezaban a observar muchas más relaciones que el bromuro de metilo simplificaba. Se dieron cuenta de que, con menos fumigante, las plantas y el suelo estaban mejor, que los insectos les ayudaban y que su principal problema no es la hierba, sino un sistema económico que los aprieta para que no convivan con ellas. Ahora que usan menos pesticidas, están más pendientes de la hierba, pero son

más conscientes de su posición en el ensamblaje humano y no humano que forma la agricultura.

En este ensamblaje, si prestamos atención, hay muchos casos que rompen las lógicas unidireccionales y simplificadoras del sistema industrial. Por ejemplo, la hierba *Cyperus rotundus* o juncia a duras penas se ve afectada por los métodos químicos porque se reproduce de manera rizomática bajo el suelo. Su resistencia visibiliza que la relación entre herbicida y hierba sobrepasa la tesis de que los herbicidas matan la mala hierba. Por eso se empieza, por reescribir las fábulas que nos alimentan.

La agroecología y la agricultura regenerativa, basadas en conocimientos de nuestras antepasadas campesinas, son ejemplos de prácticas y de maneras de pensar que también rompen con el relato productivista dominante. ¡Sigamos trabajándolas! ●

Lucía Argüelles

Investigadora en ecología política y vinculada al proyecto agroecológico Aurora del Camp

Gustavo Duch

«La transformación del sistema alimentario es el mejor instrumento para mejorar la salud humana»

ENTREVISTA A NICOLÁS OLEA,
CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE MEDICINA
DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

44 Me encuentro con Nicolás Olea en el IX Congreso Internacional de Agroecología, celebrado el pasado mes de enero en Sevilla. Nicolás es un referente por sus numerosos trabajos de investigación sobre el sistema alimentario en todas sus fases, desde la producción al envasado, y ha intervenido en la sesión inaugural para hablar de sus efectos en la salud.

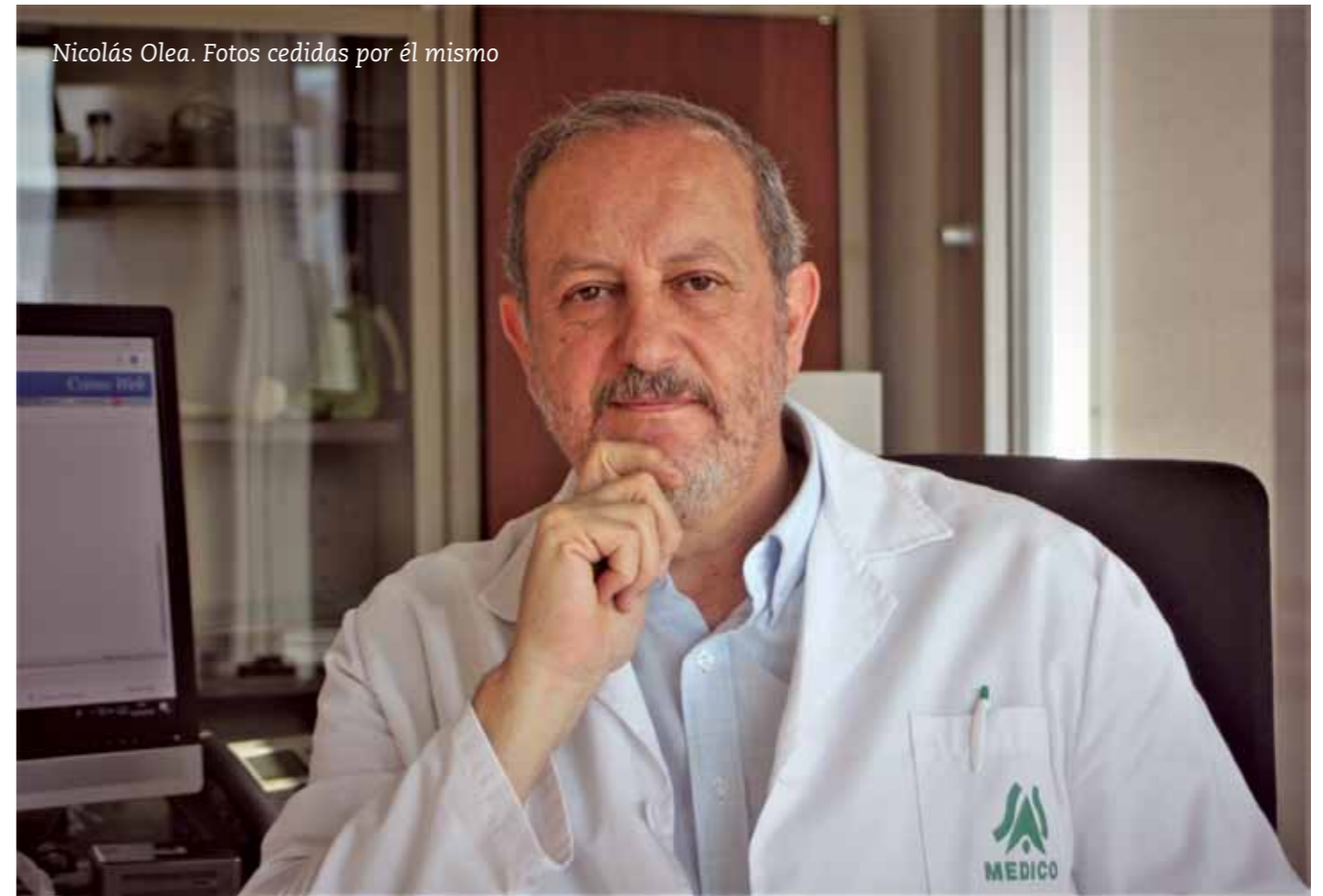
Como él me recuerda, sus alertas saltaron hace varias décadas al evaluar la elevada presencia de pesticidas organoclorados (de carácter persistente, porque se acumulan en los organismos sin apenas degradarse) en la población de Almería, debido a su exposición ambiental, al vivir a tocar de los invernaderos. «Ya te puedes imaginar las cifras que se encontraban al analizar los datos de la población trabajadora en ellos. No olvidemos que el uso de los organoclorados ya estaba muy restringido desde los años 70. ¡Pero es que yo mismo tengo al menos uno de ellos en la sangre, el más conocido, el DDT!», señala Nicolás, que recuerda que, cuando era niño, al DDT se le llamaba los *polvos de las papas*. Para esa generación de los años cincuenta, época en que la revolución verde despegaba en el Estado español, el empleo de pesticidas se incorporó inconscientemente y sin resistencias de la mano de una cultura agrícola industrial que se convirtió en la hegemónica.

Pesticidas

«¿En los últimos años, el uso de pesticidas está más controlado?», le pregunto. «España es el mayor consumidor en la UE de pesticidas, que se utilizan en todos los cultivos, incluyendo la producción convencional de frutas y verduras. Alcanzamos cifras de cerca de 80 millones de kg de pesticidas/año. Un ejemplo: recientemente hemos analizado la orina de 606 niñas y 933 niños, de entre 7 y 11 años de edad, y hemos encontrado que a mayor concentración de estos productos, mayor probabilidad de aparición temprana de la pubertad».

Así que queda claro, como expresa con gravedad Nicolás, que «no podemos bajar la guardia». Donde cuenta que está creciendo mucho su uso es en las fases poscosecha. «El rey de los pesticidas actual en España son los fungicidas que se echan para evitar las pérdidas de lo recogido, que pueden representar muchos millones de euros.

Nicolás Olea. Fotos cedidas por él mismo



En mi casa, cuando era pequeño, las naranjas que se quedaban tres días sin comer se ponían verdes y luego cenicientas hasta perderse. Ahora no se pudren, se van secando hasta convertirse en una nuez». Con esto advierte que es importante que no solo miremos al campo, sino a todas las fases de la cadena alimentaria en las que se tratan y contaminan los alimentos. Y, con su facilidad de palabra, con una taza de café con leche en la mano, añade más ejemplos: «hemos podido corroborar que la leche materna de mujeres jóvenes andaluzas incluye residuos químicos, no solo pesticidas, sino también metales como el aluminio y el antimonio. En el caso del aluminio, se constata que está asociado al consumo de café y... sus cápsulas. En el caso del antimonio, está relacionado con el consumo de aceite... por su envasado en plástico».

Disruptores endocrinos

Por cómo deriva la conversación, la mayor preocupación actual para Nicolás se centra en el campo de los llamados disruptores endocrinos, un sinnúmero de compuestos derivados del petróleo que

45 nos rodean por todas partes. «Por esa obsesión con la 'innovación', perdemos el sentido de la prudencia», denuncia. Y nos pone un ejemplo donde enlaza otra vez con los procesos agrícolas: «Hoy la mayor fuente de este tipo de contaminación son los lodos de las depuradoras, que se echan al campo como fertilizantes pero que van cargados de microplásticos, procedentes por ejemplo de toda la ropa —poliéster— que ponemos en la lavadora, los cosméticos, etc.».

Sea como sea, a través de plásticos, pesticidas, aditivos alimentarios, productos de cosmética,

Por esa obsesión con la 'innovación', perdemos el sentido de la prudencia.

Se prefiere tomar decisiones basadas en informes proporcionados por la propia industria implicada.

textiles... a nuestro organismo entran estas sustancias que saben *hackear* el delicado sistema hormonal con una gran lista de consecuencias, algunas bien conocidas y relacionadas con la salud de la mujer joven. Otras menos conocidas: «¿Te has fijado que ya no hay embarazos de penalti? Pues tiene que ver, en gran medida, con la calidad seminal, que ha descendido enormemente». Nicolás explica que la hipótesis que se maneja es que la exposición a disruptores endocrinos en la madre embarazada puede no tener efectos adversos en ella misma pero afectar al desarrollo embrionario de un varón en los primeros 30 días de su formación, lo que perjudica la calidad de su semen de por vida. «¿Si la OMS, todo hombres, hubiera sabido eso! —dice con ironía—. ¿Se habrían tomado más en serio el problema que cuando esta exposición se limitaba a la salud de la mujer? Y es que el representante de la especie humana, piensa en el hombre de Vitrubio, siempre ha sido el hombre y se han olvidado de la otra mitad de la humanidad».

Lo que aún no sabemos

Todas nosotras constatamos la aparición de nuevas epidemias, de enfermedades cada vez más habituales, y me aventuro a preguntarle a Nicolás al respecto: ¿nos queda mucho por saber? Me cuenta que, según el informe presentado por Barbara Demeneix y Rémy Slama al Parlamento Europeo, se intuye una relación clara entre los disruptores endocrinos que alteran las hormonas tiroideas —claves en el funcionamiento y control del cerebro— y síndromes cada vez más habituales, como la hiperactividad, el déficit de atención o el descenso del coeficiente intelectual de la población (que ha experimentado una caída de tres

puntos en Europa en veinte años). «¿Qué diremos cuando se afirme que detrás de estos problemas, y otros como el espectro autista, la ansiedad, la depresión..., tenemos una causa de contaminación ambiental? Algo está pasando cuando la quinta medicina más vendida en España es la hormona tiroidea. No sabemos lo grave que es *hackear* esta hormona tan estratégica y fundamental en todo el funcionamiento del ser vivo. No en vano, el estado se gasta mucho dinero para evitar el nacimiento de niños con déficit de esta hormona, pues provoca graves retrasos físicos y mentales, una enfermedad que se llama hipotiroidismo congénito o cretinismo y que da lugar al término cretino. Pues es con esta vulnerabilidad con la que estamos jugando».

La preocupación por estas sustancias disruptoras es cada vez mayor. Según Nicolás, la propia EFSA (Autoridad de Seguridad Alimentaria Europea) ha pedido reducir ¡100.000 veces! uno de los componentes más conocidos del plástico, el Bisfenol-A. «Y ya no solo por su efecto a más altas dosis sobre las hormonas, al que me he referido antes, sino también por efectos en el sistema inmune a dosis mucho más bajas. Es la gran sospecha de todas las enfermedades relacionadas con este sistema, que van desde la disminución de la efectividad de las vacunas —asunto tan preocupante en estos momentos— a la respuesta inmune deficitaria».

Las dietas saludables

Antes de cerrar la conversación con Nicolás y su sabiduría, le traslado mi preocupación sobre las nuevas imposiciones, ahora en el sector de la salud, de todo tipo de dietas y los intereses económicos que existen tras ellas. «Si hay algo meritorio en el campo de la agroecología, es haber conseguido trasladar a todos los foros de discusión que las dietas saludables tienen que ir de la mano de la producción sostenible. Hasta en las revistas médicas, como la prestigiosa *The Lancet*, los conceptos de alimentación saludable y de producción alimentaria sostenible se manejan a la par. Es más, se entiende que la transformación del sistema alimentario, tan demandada, es el mejor instrumento para mejorar la salud humana y remediar las grandes amenazas ambientales. No puede ser que para que comamos brócolis, muy sanos, en agosto, tengamos que cultivarlos con regadío en un desierto». Para él hay que evitar caer de nuevo en una uniformización de la dieta

Las muertes del duralex

Mientras mantenemos la charla, Nicolás me advierte de riesgos que a muchas de nosotras nos pasan desapercibidos. Por ejemplo, los platos de cartón "ecológicos" que usamos, confiando en que con ellos evitamos los problemas del plástico, para mantener su impermeabilidad, están recubiertos con una mano de químicos perfluorados (como el teflón de las sartenes), cuyas consecuencias negativas para el ambiente y la salud humana son conocidas. «Le pregunté a un funcionario por qué no se sustituían por los clásicos platos de duralex, de un material inerte, puro y duradero como el vidrio, y me dijo que por su peligrosidad. Pero ¿cuántas noticias hay de un niño muerto por un corte de duralex en la yugular?».

Si hay algo meritorio en el campo de la agroecología es haber conseguido trasladar que las dietas saludables tienen que ir de la mano de la producción sostenible.

sin tener en cuenta el territorio. Y apunta este riesgo con el caso de las dietas sin carne: «No es verdad que en la dieta mediterránea no se consumía carne, se consumía carne cada día, pero muy poca. Se hacía un cocido, se guardaba el hueso, se guardaba el pollo y el sabor de las verduras de los días siguientes venía de esta carne. Más que dictaminar dietas (la mediterránea, la de Harvard...) o imponer cantidades de nutrientes, lo que se tiene

que hacer es recuperar la sabiduría de la preparación de los alimentos a partir de las producciones sostenibles locales, muy diferentes en cada lugar del mundo».

Nicolás señala que, mientras se aboga por «dietas saludables», llama mucho la atención la falta de medidas centradas en las cuestiones clave. España, por ejemplo, no ha aceptado el semáforo alimentario, una etiqueta roja, amarilla o verde, que permite distinguir fácilmente la calidad nutricional de cada alimento. «Claro, la industria alimentaria tiene mucho que perder. El poder de la industria, yo mismo lo detecto en mi trabajo. Nuestros informes que alertan de la toxicidad de los alimentos de la producción alimentaria convencional no representan ningún problema, no les importamos, no tenemos trascendencia, no les provocamos ninguna inquietud. ¿Por qué? Porque se utiliza muy poco la información científica que se genera por grupos independientes, de financiación competitiva, y se prefiere tomar decisiones basadas en informes proporcionados por la propia industria implicada. Hemos denunciado esta situación en foros europeos y españoles, pero parece que nuestra capacidad de promover el cambio es muy limitada y choca con la inercia de la propia administración para liderar el cambio. Es muy decepcionante que tanta ciencia de calidad, con todos los costes públicos que representa, no tenga prácticamente repercusión política».

Gustavo Duch
Revista SABC

—Nicolás Olea, *Libérate de tóxicos*. RBA, 2019.



Patricia Dopazo Gallego

La agroecología debe abrirse a otras dimensiones del cambio

A propósito del IX Congreso Internacional de Agroecología, celebrado en Sevilla el pasado mes de enero, nos preguntamos cómo ve la academia la situación de crisis actual del sector primario y qué pueden aportar quienes ejercen su militancia política desde la investigación agroecológica. Hablamos con Michel Pimbert y Clara Nicholls, que ofrecieron las conferencias de apertura, y con Gloria Guzmán, del grupo Alimentta, responsable de la organización de esta edición del congreso.

Después de su última edición en 2021 en formato telemático, el Congreso Internacional de Agroecología, un evento muy consolidado y que supera el ámbito académico, retoma la presencialidad en un momento en el que, como dijo Ana Pinto —del colectivo de jornaleras de Huelva— en una de las mesas, parece que hay más investigaciones sobre campesinado que campesinado. En el Estado español asistimos a momentos muy duros para los proyectos agroecológicos y vemos cómo cierran incluso algunos que han sido referentes durante años, tanto de producción como de consumo. A esto se suman los efectos ya evidentes de la crisis climática sobre la agricultura, la incertidumbre sobre los precios de la energía y de las materias primas y la crisis alimentaria.

«La inseguridad alimentaria ya está en Europa, no es algo del futuro. La crisis energética en Reino Unido ha provocado que muchas personas no coman porque priorizan sus recursos para la energía», denuncia Michel Pimbert, profesor de la Universidad de Coventry. «Esto sucede, en parte, porque dependemos de un sistema extremadamente frágil sostenido por la energía fósil que ha estallado. Los sistemas de seguridad social se han quebrado y la precariedad no para de aumentar, incluso para personas con un empleo». Michel, que fue miembro del Panel Experto para la Seguridad Alimentaria y la Nutrición (HLPE) del

Comité para la Seguridad Alimentaria Mundial (CFS) en la FAO, afirma que, si tuviéramos multitud de fincas en el territorio con multitud de relaciones, no tendríamos esta situación. «Pero cuando importas manzanas y carne que pueden producirse en Inglaterra, construyes un sistema vulnerable en el que los especuladores aprovechan el aumento de precio de la energía para obtener más beneficios», añade.

Un congreso para el ánimo y las alianzas

Gloria Guzmán, investigadora de la Universidad Pablo de Olavide, señala que la agroecología ya había predicho estos problemas. «Tenemos el diagnóstico muy bien hecho desde hace años, pero hemos visto cómo se han acelerado dos cosas: los cambios ambientales, que ya se materializan (el ejemplo de la pérdida de aceituna este año, tanto en secanos como en regadíos); y, en la parte social, la falta de relevo, el cierre precipitado de fincas. Llevábamos décadas trabajando para arreglarlo y tienes la sensación de que se te ha caído encima sin poder hacerlo», lamenta. Al organizar el congreso, Gloria comparte que han sido muy conscientes de este desánimo general, por eso han enfatizado su faceta de lugar de reencuentro, para que genere ánimo y refuerce las alianzas con otros sectores, especialmente con el de la pesca y el de la salud, que a veces no tenemos presentes.



IX Congreso Internacional de Agroecología, celebrado en Sevilla del 19 al 21 de enero de 2023. Foto: Alimentta

Durante todo el congreso, en cualquier caso, no se perdió de vista la dimensión positiva que resume muy bien Clara Nicholls: «Hace treinta años nos ridiculizaban como utópicos y revolucionarios, teníamos debates muy fuertes y la universidad no nos abría las puertas. En América Latina fue muy difícil, pero hoy creo que vamos por buen camino: todo el mundo habla de agroecología, hasta la FAO, y el trabajo ahora es mantener la identidad de lo que realmente es agroecología. Hay que valorar lo que tenemos y entender el camino recorrido». Clara, profesora en la Universidad de California-Berkeley, comenzó en la pandemia su propio proyecto productivo en las montañas del suroeste de Antioquía, en su Colombia natal, una actividad que está dándole una nueva dimensión a su papel como investigadora y activista internacional por la agroecología.

Agroecología secuestrada

¿Qué función tiene la investigación en la transformación social? Michel es consciente de la crítica que muchas veces recibe la academia por parte de los movimientos sociales. «Es importante no tener un punto de vista monolítico sobre esto. Hay muchas dudas sobre la función social de la academia, pero en el campo de la agroecología algunos de los mejores grupos de investigación trabajan sistemáticamente con campesinado, pueblos indígenas y con movimientos contrahegemónicos desde una óptica de igualdad de poder. En esos casos, tiene una función social muy importante». De todas formas, en su propia charla

en el congreso, Michel expuso que la financiación destinada a este tipo de trabajos es ridícula en comparación con la destinada a la agricultura industrial. Clara lo asegura: «Las fuerzas económicas son tan poderosas que paralizan. Han conquistado las universidades. Como investigadora yo no recibo plata para la agroecología, trabajo en el departamento más pobre. Los investigadores están al servicio de las corporaciones y lo que nos dan son limosnas. Luchar contra eso va a ser muy complicado».

Ahora, como se ha repetido en el congreso, la agroecología está «en boca de todos» y se han abierto nuevas «ventanas de oportunidad» como la estrategia europea De la granja a la mesa. Gloria, sin embargo, pone el punto realista a estos programas: «Celebramos estas ayudas hasta que de repente te das cuenta de que te puedes quedar fuera de ellas porque no estás entre los grupos posicionados para captarlas; sin embargo, los lobbies de la agricultura industrial, disfrazados, sí lo están». Lamenta que el sector de los sistemas alimentarios locales puede que no vea ninguna medida de apoyo al margen del discurso, cuando lo que se necesita es acabar con un marco normativo superhostil y apoyos muy concretos, pero eso no se materializa. Clara está de acuerdo y menciona como ejemplo los cambios políticos en Chile o Colombia: «No pongo tanta esperanza en la política pública porque hay muchos candados que no te dejan avanzar. Hay un oportunismo agroecológico que me da miedo, son gobiernos «ecologistas», pero solo de discurso en sus líderes, luego los

Las fuerzas económicas son tan poderosas que paralizan. Han conquistado las universidades.

directores de política pública no saben del tema, no creen en ello. Yo tengo esperanza en Colombia, pero no sabemos quién habla al oído a la ministra de agricultura». Las dos dicen que tenemos una agroecología «secuestrada por un sistema alimentario globalizado y por sus empresas de distribución y venta».

La investigación agroecológica ha probado que la agroecología y los sistemas alimentarios locales utilizan mejor los recursos, gastan menos envases y materiales, usan menos transporte, es mejor para la salud... ¿Por qué no se apoya su implantación a un nivel general? Gloria nos cuenta que el grupo de políticas públicas de Alimentta ha definido las tres estrategias que tiene el sistema para dejar fuera cualquier iniciativa transformadora. Una de ellas es llevarlas hacia la «convencionalización», algo que vemos con la agricultura ecológica porque se ve obligada a insertarse en el sistema alimentario globalizado; otra es anularlas con diferentes formas de bloqueo que dificultan su desarrollo, generalmente a través de barreras normativas; y, la última, el secuestro de elementos clave, como es el caso de las variedades tradicionales de cultivo. «Saben perfectamente cuáles son los puntos clave en los que no pueden ceder, pueden apoyarte en ciertas cosas, pero no en lo que suponga una liberación. La gente que es capaz de montar una estructura de producción y distribución alternativa acaban siendo héroes y muy débiles. Precisamente el objetivo de Alimentta es apoyar al sector con información de alta calidad académica para lograr abrir grietas».

Cambio sistémico

Con este panorama, en el que los gobiernos no escuchan la evidencia sobre las consecuencias del cambio climático y sistemáticamente ignoran el

conocimiento científico, para Michel es inevitable que surjan movimientos como Rebelión Científica. «Hay científicos que son buenos ciudadanos y estiman necesario realizar actos de desobediencia civil, que es cierto que llaman la atención y rompen esquemas porque no son personas «extremistas», ni tan jóvenes. Yo creo que es importante porque catalizan cambios para construir alianzas. Es una forma de acción legítima siempre que sea no violenta, incluso aunque haya destrucción de materiales. Fue muy importante en otros momentos históricos, los movimientos feministas, contra las nucleares, los transgénicos...». Michel señala que para conseguir el cambio sistémico que buscamos necesitamos construir contrapoderes y alianzas de abajo arriba, un trabajo de paciencia que implica educación popular, concienciación e imaginación. Que todo eso sea mucho más horizontal, no que se modele sobre la visión jerárquica de partidos o líderes, sino basado en la cooperación, en compartir el poder. «No tengo soluciones, es un proceso: hablar, sensibilizar, crear espacios seguros con dos dimensiones: una que trate de cambiar las instituciones dominantes y otra que invente formas de vida que no necesiten a estas instituciones. Es un camino que se crea cuando se camina, no hay recetas. Hay elementos que la historia demuestra que son válidos, pero tenemos que inventar colectivamente un futuro viable».

En la misma línea de generar «espacios de esperanza» va Clara. Para ella los sistemas alimentarios locales lo son y hay que construirlos con los pequeños municipios, la población consumidora, las escuelas... para así cambiar nuestro territorio. «Estamos construyendo islas. Cuando hay muchas islas puedes hacer puentes entre islas. Esa es mi perspectiva de la agroecología, tiene que avanzar desde bajo, nunca lo hará porque llegue un cierto gobernante al poder». Nos habla de su reciente visita a la isla de Chiloé, en Chile, donde hay una trayectoria de agroecología y de organización popular y alianzas. Un microcosmos como tantos otros que existen y que está segura de que pueden replicarse.

Nuevas formas de conocimiento

La agroecología no puede despojarse de su dimensión política y en este sentido, Gloria denuncia la pérdida absoluta de soberanía popular que hemos sufrido en estas décadas de libre comercio. «Se ve claramente cuando los estados no pueden decidir sobre los tratados



IX Congreso Internacional de Agroecología, celebrado en Sevilla del 19 al 21 de enero de 2023. Foto: Alimentta

internacionales y cuando los conflictos se pretenden resolver en tribunales que nadie ha votado. El modelo alimentario globalizado no podría tener lugar en un marco plenamente democrático».

Al final de su charla en el congreso, Michel habló de la necesidad de que la academia tenga siempre una visión crítica de su papel y del papel de la ciencia natural y social, y el deseo de salir del paradigma dominante para inventar otras formas de entender el mundo. «Creo que el avance de la agroecología es positivo y el trabajo en el ámbito de la finca es muy importante, pero ¿cómo hacemos para generalizar esas prácticas? Necesitamos también una comprensión sistémica de los desafíos, amenazas y cambios en la economía política actual. La academia debe ser capaz de transformar formas de saber y de ser para permitir la emergencia del conocimiento poscolonial,

poscapitalista y pospatriarcal». Para él falta un salto que permita a muchos más actores trabajar juntos para provocar la ruptura. «Me parece importante que el movimiento se abra a discusiones de decrecimiento, feminismo, decolonización y trabajar con aspectos como la justicia interseccional, inventar formas de gobernanza mucho más democráticas, cuestionar el papel del estado, ser muy crítico con la democracia representativa que nunca ha tenido el ánimo de trabajar por el pueblo. Debemos incluir estas reflexiones en la próxima etapa del movimiento por la soberanía alimentaria y la agroecología».

Patricia Dopazo Gallego
Revista SABC



— Todos los resúmenes y grabaciones del congreso están disponibles en:





Santaolla, pueblo donde sucedieron los hechos. Pintura de José Cofreces.

As bestas

EN EL CINEFÓRUM RURAL

Nos gustaría haber organizado un pase de la película con muchas de las personas que nos leáis e inspiráis para conocer vuestro análisis, contrastar puntos de vista y discutirla. Esto es lo más parecido que se nos ha ocurrido en papel.

Cuando oí por primera vez sobre *As bestas* me negué a verla a pesar de las recomendaciones. Hasta que, finalmente, la vi.

Me negaba porque estaba cabreada con que siempre eligieran este tipo de actos bárbaros para describir la realidad de parte del mundo rural. Como si nadie pudiera encontrar un motivo esperanzador para iluminar la realidad de nuestra diversidad. Como si este tipo de actos fueran propiciados por el contexto rural de abandono, de caciquismo, de ser la nueva mina de oro de las grandes empresas... A poco que se mire, los pueblos se caracterizan, sobre todo, por la acogida a los demás.

Confieso que la película me ha gustado estética y artísticamente. Creo también que ha intentado exponer todos los relatos de los distintos personajes poniendo en la mesa varios problemas que es necesario debatir a nivel local y supralocal. Entre ellos, el territorio y sus bienes. Sin embargo, creo que hacerlo poniendo el foco en un asesinato no era la mejor manera. Un asesinato es siempre, siempre, injustificable.

Sira del Val, hortelana.

No creo en absoluto que *As bestas* ponga el foco en plan negativo o demonizador sobre el medio rural. Más bien creo que plantea multitud de temas muy interesantes que conciernen a nuestro vaciado medio, así como otros de calado universal. De los primeros, entre otros, cabría hablar de cómo se acepta a los nuevos pobladores, más aún a los tan necesarios inmigrantes (en la película, franceses) —no digamos ya si se trata de subsaharianos—; de los prejuicios hacia la gente que viene con ideas nuevas; o el espionoso y más que oscuro asunto de las energías renovables que nos quieren vender como algo positivo y, desde mi punto de vista, no es sino para esquilmar más nuestros recursos y que se forren los de siempre.

Esos podrían ser algunos temas, pero de fondo está el gran asunto: la imposibilidad de convivir y dialogar con quien piensa diferente, de mantener unas relaciones humanas normalizadas, bien sea en el campo o la ciudad, debido principalmente al ideario populista y al encanallamiento progresivo que los charlatanes del odio y sus secuaces de la ultraderecha neoliberal han inoculado en esta sociedad.

Sorogoyen, pese a las licencias cinematográficas que se toma para contar la historia (por otra parte, bastante impecables), creo firmemente que ha hecho una muy pertinente y necesaria película, un espejo bastante atinado donde mirarnos y reflexionar. Cada vez estamos más cerca de ser más bestias que humanos.

Jesús Pérez

Coordinador Cine-Mas Pueblo en Tierra de Campos

La gente viene a los pueblos con una idea idílica y la mayoría acaba yéndose cuando encuentra una realidad diferente a la que soñaba. Yo creo que, ante esta situación, hace falta mucho más diálogo, más comprensión, más cercanía con las personas que han vivido siempre en el lugar al que se llega, teniendo en cuenta que ese espacio ha estado hasta ahora cuidado por ellas. Esto me hace reflexionar sobre cómo deberíamos actuar tanto de forma individual como desde esta sociedad y desde la escuela. Quienes llegan a los pueblos tendrían que demostrar esa supuesta «superioridad» y entender mejor a quienes han estado toda su vida ahí, con más cercanía, más diálogo, más comprensión.

Otro aspecto que me ha llamado mucho la atención ha sido la valentía de la protagonista cuando decide quedarse allí. Y especialmente me han gustado los diálogos con su hija. Cuando conviven y ella la observa es cuando la comprende, la respeta y la apoya, y la relación entre ambas se ve reforzada. También es curiosa su relación con la madre de los hermanos que han matado a su marido. Me impresionó mucho cuando le dice: «Aquí nos quedaremos nosotras solas». Resalta el empoderamiento, la fuerza de lo femenino.

Mamen, maestra rural

Los que están se sienten invadidos. Los que vienen se sienten rechazados. Los invadidos quieren salir al mundo a cambio de lo que sea. Los rechazados quieren defender el territorio en el que han decidido construir una nueva vida.

Conflicto de intereses, conflicto de convivencia. El desencuentro nos va dibujando sus causas: desigualdad de oportunidades en el medio rural, problemas culturales, de soledad, afectivos y sexuales. La despoblación acentúa el control social y la desconfianza ante lo nuevo y genera también un conflicto ideológico.

Después de la tragedia, una pequeña esperanza vista con ojos de mujer.

Juan José Aguado, agricultor

Si pensamos que *As bestas* no solo son caballos, sino que hay bestas humanas, caemos en la dicotomía de buenos y malos.

Conocimos al desaparecido Martín y a Margo, verdaderos protagonistas de la película, tiempo antes de los hechos que se relatan en ella. Vinieron a visitar nuestro pueblo, Tronceda, y ya entonces nos contaron su situación. Hablamos de las redes que podrían ser un apoyo para desarrollar su proyecto de vida en Santoalla. Cantamos y bailamos en casa mientras Martín tocaba la guitarra. Tiempo después desapareció para sorpresa de todos.

Si somos capaces de mirar de frente a los dos hermanos ganaderos con comprensión, veríamos los impactos que marcaron sus vidas. La absurda e insostenible modernidad los dejó solos, desarraigados; las estructuras que durante cientos de años sostuvieron su mundo desaparecieron bajo los pies que pisaron su territorio. Las miradas especulativas solo ven tablas y no árboles, el aire solo sirve para mover molinos gigantes que muelen vidas en nuestros territorios.

Recordaremos tanto a Martín como a los hermanos como víctimas de un sistema depredador, del urbanocentrismo especulativo, mental, social y cultural. Puede que esta conclusión esté contaminada por vivir en un pueblo gallego similar a Santoalla. Por vivir el territorio con la intensidad de Martín y Margo, mirar el mismo cielo y las mismas estrellas y sentir el mismo aire en el rostro.

Para ti, Margo, como compañera de Martín y fiel al proyecto y al territorio, que supiste usar el perdón como venganza, nuestro mejor pensamiento.

José Cofreces y Mayte Muñiz
Pobladoras de Tronceda

I. Pasan los días y las hojas de los días cubren y tapan las huellas de la furia, la profunda, los bajos fondos.

El rural nuevo y el viejo: «Toda verdad tiene sus formas de meterse en el fracaso», dice mi dicho, y en la película se ve bien. Un proyecto ejemplar de sostenibilidad exógena (restauración o recuperación de espacios, casas, tierras) y otro de sostenibilidad endógena (con ganado en el monte). ¿Y las sucesiones de estos proyectos?

II. En refranero ajeno: «Dos no riñen si uno no quiere» (dos modelos no riñen...) o «Allá donde fueres haz lo que vieres». En el primero, como en la película, la mujer tiene mucha historia que contar, una memoria que apenas está esbozada.

En el rural hay mentalidades acogedoras y otras que no lo son y, por encima, la perversión del capital. Sorogoyen escogió la historia de una mujer diplomática frente a la tradicional mala de la película.

III. Una película advertencia (¿para quienes se buscan a sí mismos en el rural, en lo simple?) que recuerda unos viejos textos míos: «Vivir solo es vivir a mi manera» y «Vivir tenía un precio y yo estaba dispuesta a pagarlo». O sobre el ritmo: «Mi ritmo que no tengo que buscarlo/que ya lo tengo».

IV. *As bestas* no me ofende, ni como nativa del rural ni como nativa del país (Galiza). Es lo que hay: «En todas partes me pasa lo mismo, entonces lo importante es lo mismo». Aquí y en cualquier parte del mundo o de la historia.

V. Derechos adquiridos, sí, pero no para pasar esos derechos históricos a dinero, manipulados por el capital, porque eso es matar a la gallina de los huevos de oro. El acaparamiento de la verdad: los macroproyectos contagian a los propios y extraños del lugar, a los rústicos lugareños y a los que vuelven a por el dinero, porque les va bien con las lavanderías.

Estamos viendo cine periférico para defender los territorios, premiado y con una clase que no vemos en la política. Los políticos, en general, no dan la talla de los actores: la ficción supera la realidad. Nada nos define tanto como este cine, este arte crudo y conceptual.

Grazas por haberme arrancado este diario bruto, como contando la vida después de ver *As bestas*. Continuará.

Concha Blanco Montecelos
Poeta, filóloga y responsable de la
cooperativa agroecológica Casa Bertolo

Yo no vi la película *As bestas*. No obstante, sin estar condicionado por la carga emocional que la película introduce en el espectador, el enfoque de la historia ya parte de tergiversar los hechos reales presentando el tema de los eólicos de una forma inaceptable.

La historia, incluso para dar una visión más o menos poética, podría partir perfectamente del elemento real de la disputa: el comunal. Un comunal que dejó de serlo porque fue acaparado (y en la práctica privatizado) por personas al servicio de la mafia maderera, que es la que realmente se lucra. Estas personas, aculturizadas y colonizadas por el fascismo franquista, defienden literalmente a muerte la relación de vasallaje que tienen con la empresa a cambio de unas monedas y no permiten que nadie «meta el hocico» en el asunto; no por cuestión de dividir beneficios, sino porque es una ilegalidad y una chapuza que no puede descubrirse. Realmente esa es la problemática en la mayoría del comunal gallego, con las empresas ENCE y FINSA, que disponen de un ejército de carcamales a su servicio, o con la minería o los agronegocios. ¿Cómo creéis que funciona eso de que «se vende una aldea en el rural gallego»? Lo que venden es el comunal de esa aldea y las casas, «sin dueño», debido a que en cuatro generaciones no se han transmitido sus herencias porque no tenían para pagar impuestos de transmisión patrimonial. Entonces llega la inmobiliaria con documentos falsos y obtienen la propiedad por usurpación. Los verdaderos propietarios ni lo saben y, si lo saben, no poseen ningún título de propiedad.

Volviendo a la película, actualmente estamos en el contexto del acaparamiento del comunal gallego por las mafias eólicas, y *As bestas* deja claro en el espectador varias ideas:

—La implantación de un parque eólico en el monte comunal deja mucho dinero para el vecindario, hasta el punto de que es motivo de disputas tan fuertes que la gente se mata.

—Quienes se oponen son forasteros, hippies y ecologistas urbanitas, ajenos y desconocedores del lugar.

Evidentemente ambas cosas son falsas. De la película no puedo hablar; de ellas, sí, pues por desgracia conozco demasiado bien el tema de los eólicos y el acaparamiento del comunal, que denuncio desde hace tiempo.

No creo nada inocente la aparición justo ahora de la película ni el fomento de determinadas polémicas en medios de comunicación claramente vinculados con el sector eólico.

Recuerdo varias cuestiones clave:

- Las eólicas, cuando tramitan la implantación de su parque eólico (un polígono industrial en el monte), solicitan que se declare de utilidad pública para así poder aplicar la ley franquista de expropiación forzosa. Pero el monte comunal también es de utilidad pública desde el momento en que es clasificado como tal y ambas «utilidades públicas» colisionan, por lo que hay que ver cuál prevalece, y con las leyes actuales prevalece la del comunal. Por eso, es un grave problema para las eólicas, que hacen todo tipo de chanchullos para llegar a acuerdos con los comuneros y que no defiendan la utilidad pública de su comunal. Y de ahí las gigantescas y caras campañas de manipulación, que llegan incluso al cine.
- Las personas comuneras, es decir, las que viven en *casa abierta con humo*,¹ tienen derecho al uso y disfrute del comunal para usos agrícolas, madereros e incluso energéticos. Tanto da si nacieron en el lugar o llegó de Holanda. Ese comunal no puede privatizarse o cederse a empresas de manera que si llega un nuevo comunero no tenga derecho al comunal.

Porque el comunal es el derecho de usufructo, no el derecho de propiedad. Las campañas de manipulación también van en ese sentido, en la línea de hacer ver que el comunal puede ser vendido, alquilado, expropiado, etc. como cualquier propiedad privada.

No obstante, lo que intentan es convertir a los comuneros en bestas, a ser posible armadas con escopetas de caza para disparar contra quien vaya en contra de las empresas madereras, mineras, eólicas, inmobiliarias, etc.

Marcos Celeiro

Labrego. Asociación Socio-Cultural Iríbio

1. Así aparece literalmente en la legislación sobre comunales.

LA FUENTE *Un lugar de encuentro para pobladoras*

Presentación de las organizaciones que conforman esta revista

Cátedra de Agroecología (Universitat de Vic)



Nuestra investigación está comprometida con la soberanía alimentaria como marco político de transformación social destinado a responder a la insostenibilidad socioambiental del sistema agroalimentario global, así como a garantizar un medio rural vivo y el derecho humano a la alimentación.

La perspectiva feminista orienta nuestra práctica, entendemos los sistemas agroalimentarios como espacios productivos y reproductivos en donde las diferentes actividades tienen como función principal la reproducción de la vida. Mediante la producción de alimentos sanos con prácticas agrarias sostenibles se

garantiza la reproducción del sistema campesino, de las personas no productoras y de los agroecosistemas. Entendemos, por tanto, los agroecosistemas como sistemas socioecológicos en los que existe una estrecha relación entre la sociedad, los individuos y la naturaleza.

Así, estudiamos los sistemas de conocimiento y las estrategias de la pequeña producción agroecológica orientadas a reducir su vulnerabilidad, participando en el diseño de políticas públicas alimentarias hacia una transición agroecológica. Los enfoques técnicos y científicos se complementan con el conocimiento y las prácticas agroalimentarias locales, desde la tierra hasta la mesa, con el objetivo de integrarlos en la toma de decisiones.



Cooperativa Germinando

Germinando es una cooperativa de iniciativa social sin ánimo de lucro que, desde 2006, intenta aportar su granito de arena a la transición eco-social. En Germinando trabajamos un equipo de mujeres multidisciplinar, motivado y bien avenido, que ha ido creciendo hasta llegar a las 14 que somos actualmente.

Desde nuestra perspectiva, las actividades económicas deben dirigirse a satisfacer las necesidades vitales, sociales y comunitarias de todas las personas, respetando los límites biofísicos del planeta. Nuestra actividad se enmarca en los principios de la agroecología, la economía social y solidaria, los feminismos y la intercooperación. Actualmente trabajamos en diferentes ámbitos: 1) la agroecología escolar, la ciencia ciudadana y la formación en ámbito de la agroecología; 2) el emprendimiento cooperativo principalmente enfocado al sector agroalimentario y las mujeres; 3) la investigación y la consultoría en el impulso de políticas públicas alimentarias, los procesos territoriales y el fortalecimiento del sector agroecológico.

Formamos parte del grupo cooperativo Tangente y de diferentes espacios como la Red de Redes de Economía Alternativa y Solidaria (REAS), el Mercado social (MES), la Coalición por Otra PAC, GIASAT o el grupo de trabajo de producciones campesinas y artesanas. La cooperación y la articulación son fundamentales para el avance de los sistemas alimentarios sostenibles y para alcanzar los cambios de escala necesarios para que la agroecología sea una alternativa real y justa. En Germinando estamos dispuestas a seguir trabajando en este reto.

PALABRA DE CAMPO

De quién aprender

Justo hace un año comenzamos la Escuela Agroecológica de Cuevas del Becerro, impulsada por la Asociación Extiércol, que lleva trabajando por la soberanía alimentaria en su pueblo más de dos décadas.

Me invitaron a compartir la parte práctica, la de la huerta, la de ensuciarse las manos y ponerles materialidad a los módulos temáticos. Se conformó un grupo de diecisiete personas procedente de varios pueblos de la Serranía de Ronda y Málaga fundamentalmente. En su diversidad, la gran maravilla fue una línea de edad que iba desde los 21 a los 82 años, con intereses, conocimientos y habilidades diversas y únicas que fuimos descubriendo en el mismo proceso de aprendizaje. Y sí, digo descubriendo porque, aunque queramos tomar la posición de maestras y de aprendices, nunca el conocimiento va en un solo sentido. Para mí fue tan interesante la formación por enseñarme a enseñar, recordarme cómo he aprendido yo, quién y cómo me enseñaron, cuáles fueron los tesoros que me legaron y lo importante de transmitirlos, de no quedarme con nada porque tengo el deber y también la necesidad de compartirlos. Hay un legado de conocimientos que solo pueden transmitirse junto al que está con la azada, con quien guarda la semilla, con la que cocina el alimento recién cosechado y junto a quien pasamos ratos en silencio, escardando, observando y oliendo la tierra.

Yo he tenido varios maestros y maestras en lo que a agricultura se refiere. Durante mucho tiempo miré hacia los libros, la universidad y las personas que me transmitían palabras, conocimientos teóricos, argumentos y teorías para todo. Me encantaba tanta reflexión, tanto de qué hablar y tantísima información en los miles de libros que quería leer. Era infinito mi interés.

Cuando empecé a trabajar la tierra me di cuenta de que tanta cosa que había leído ahora no me servía de mucho, que no sabía cómo poner una planta y luego regar por su pie y que le llegara el agua. Que plantar no era cosechar. Que las semillas son un regalo que ni se compra ni se vende, que hay que compartirlas, sembrarlas y multiplicarlas, y que es muy difícil y requiere de mucho cuidado. Que la tierra es mucho más que un recipiente donde nacen plantas, que es el organismo vivo más grande con el que trabajo y estoy indudablemente relacionada con ella, que la tengo que mirar, sentir, cuidar, sentir, cuidar. Y que estas cosas que no están en los libros solo las saben las personas que están y han estado en contacto con la base de la vida: las que han alimentado al mundo.

Sí, paré de leer y me puse a escuchar y a hacer. Sin embargo, mi forma de escuchar ha cambiado en estos casi veinte años de trabajo de campo. Mis maestras y maestros quizás ya no sean la gente más ecológica ni la más formada en técnicas agrarias o en producción animal. Son las personas que me rodean, la gente que lleva viviendo toda la vida manteniendo y cultivando territorio, que se mueve por los caminos y se sabe hasta la última planta de espárrago que hay silvestre o las tagarninas que hay que dejar para el año que viene. Las que saben que, si no cuidamos las lindes, los animales grandes y pequeños, y a la gente que caza y recolecta, tampoco tendremos territorio para alimentarnos, que la biodiversidad es intrínseca a la vida. La gente que decide quedarse aquí y a la que le gusta comer de lo que se cría aquí, la que valora el tiempo y el trabajo, pero también el descanso, la buena mesa y la buena vecindad. La que cuida y se cuida y me cuida. ●

Leticia Toledo Martín
hortelana

PARA HACER POSIBLE ESTA REVISTA, TE NECESITAMOS

Para pensarla y llenarla de contenidos; para abrir debates; para conocer y conectar iniciativas, colectivos y experiencias; para darle forma y color; para ponerla en rutas y caminos hasta tus manos... En definitiva, para que evolucione y se mantenga viva, necesitamos tu apoyo.

Una forma de colaborar es mediante una suscripción anual mínima de 35 € a cambio de la revista en papel. Además, te enviaremos de regalo un número de la hemeroteca. ¡Elige cuál te apetece leer! Pero hay más formas de apoyar este proyecto:



RIEGO

Aportación puntual desde 5 €



SEMILLA

Suscripción en papel. Recibe los próximos 4 números a partir de 35 € al año
Solo envíos en el Estado español



RAÍZ

Hazte socia/o. Desde 50 € al año, recibe la revista en papel, accede a ofertas, participa en las asambleas y colabora en las decisiones del proyecto

Puedes hacer todo el proceso online a través de la web: www.soberaniaalimentaria.info/colabora/suscripcion

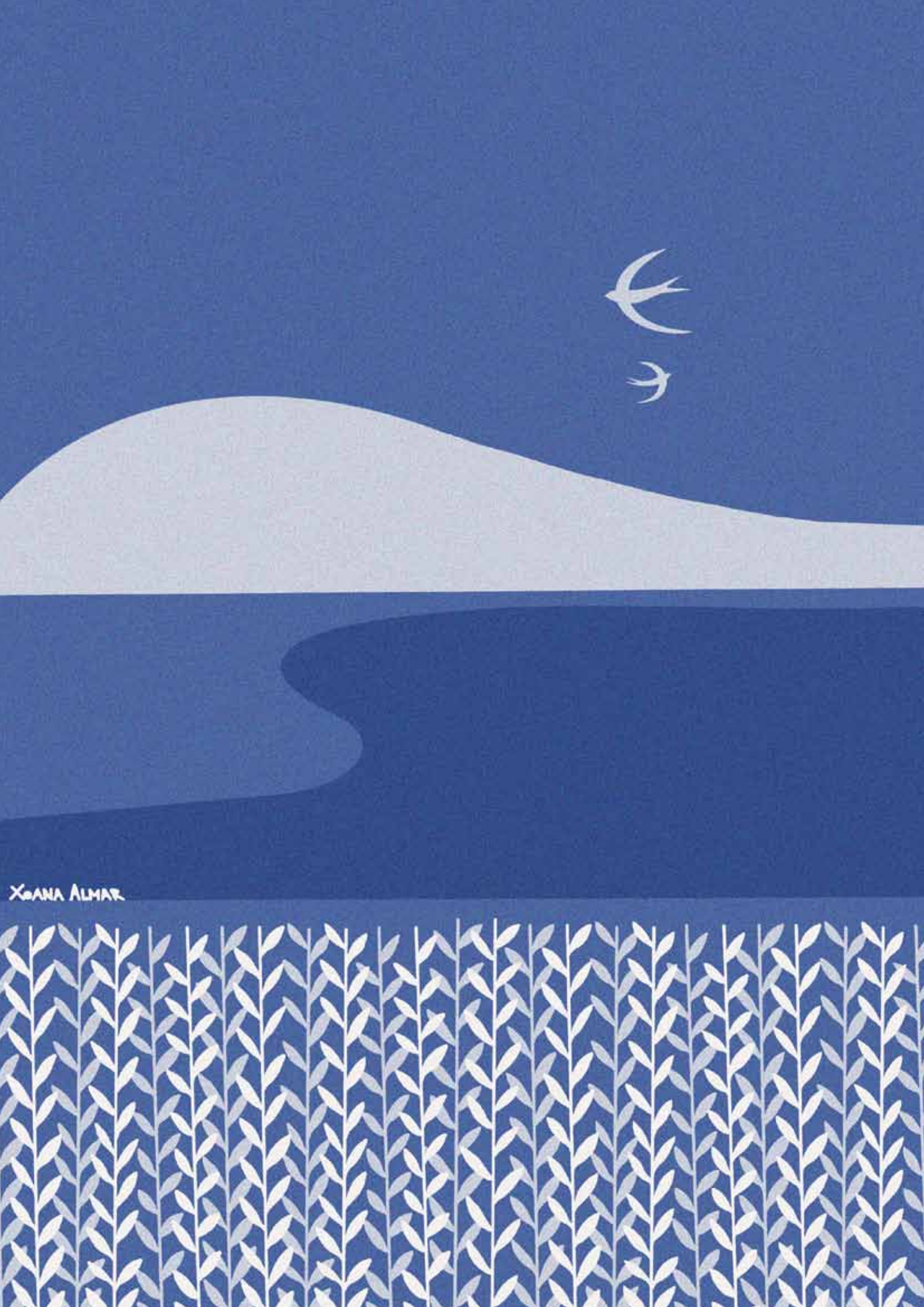
Para resolver cualquier duda sobre el proceso de suscripción, escríbenos a suscripciones@soberaniaalimentaria.info

¡Muchas gracias!

REGALA LA REVISTA



www.soberaniaalimentaria.info/regala



XOANA ALMAR

